

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

TIBURONES DE TIERRA FIRME

Clark Carrados



Salió del tugurio y caminó con paso inseguro a través de las calles relucientes de humedad. El aire fresco de la noche despejó muy pronto las nieblas que el alcohol había puesto en su cerebro. Bick Barnaw respiró profundamente, en cierto modo aliviado porque había de olvidarlo todo con la bebida.

El licor, se dijo, no iba a resolver sus problemas. No era emborrachándose como saldría de la situación en que se hallaba sumido. Debía reaccionar adecuadamente, pensó, mientras, casi de modo maquinal, encaminaba sus pasos hacia los muelles cercanos.

Los barcos subían y bajaban suavemente, amarrados a los malecones. Las luces de muchos de los buques se reflejaban en las tranquilas aguas de la bahía. Con amargura, Barnaw pensó que ya no volvería a poner los pies sobre la cubierta de ningún barco. Nadie le quería ni de simple marinero.



Clark Carrados

Tiburones de tierra firme

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1673

ePub r1.0

Lds 21.02.19

Título original: *Tiburones de tierra firme*

Clark Carrados, 1982

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Salió del tugurio y caminó con paso inseguro a través de las calles relucientes de humedad. El aire fresco de la noche despejó muy pronto las nieblas que el alcohol había puesto en su cerebro. Bick Barnaw respiró profundamente, en cierto modo aliviado porque había de olvidarlo todo con la bebida.

El licor, se dijo, no iba a resolver sus problemas. No era emborrachándose como saldría de la situación en que se hallaba sumido. Debía reaccionar adecuadamente, pensó, mientras, casi de modo maquinal, encaminaba sus pasos hacia los muelles cercanos.

Los barcos subían y bajaban suavemente, amarrados a los malecones. Las luces de muchos de los buques se reflejaban en las tranquilas aguas de la bahía. Con amargura, Barnaw pensó que ya no volvería a poner los pies sobre la cubierta de ningún barco. Nadie le quería ni de simple marinero.

Pero era joven y aún estaba a tiempo de rehacer su vida. ¿Por qué seguir más tiempo en aquel maldito lugar?, se preguntó.

Había otras clases de existencia. Volvería la espalda al mar. Sabía de un sitio donde le acogerían sin hacerle preguntas, como un hijo, y le darían casa y trabajo. Arar la tierra y manejar un tractor eran tareas muy distintas y nunca le habían agradado demasiado, pero, en vista de la situación, Barnaw se dijo que era mucho mejor que andar rodando de taberna en taberna, soportando las miradas de desprecio que casi todos le dirigían sin cesar.

Dejaría Sun Harbor y se perdería tierra adentro. En aquel condenado pueblo, nadie volvería a saber más de él. Acabarían olvidándole todos..., excepto, quizá, los familiares de los hombres que habían muerto por su culpa en el *Pacific Star*.

Barnaw no se consideraba culpable, pero todos le miraban como

si lo fuera. El tribunal lo había exonerado, pero nadie había vuelto a darle un empleo de acuerdo con su cargo. Ni siquiera había intentado pedir una plaza de simple marinero, seguro de que no se la concederían.

De pie en el muelle, con las piernas separadas, aspiró profundamente el olor a mar y a algas que llegaba hasta él. Ahora olería a tierra, a hierba, a plantas...

Alguien emitió de pronto un sordo gruñido a corta distancia. Barnaw se volvió en el acto.

Estaba en una zona oscura y sabía que no podían verle. El sí podía ver a los tres hombres que forcejeaban a menos de treinta pasos de distancia.

Dos atacaban a uno, saltaba a la vista. Y los atacantes no usaban los puños precisamente.

Barnaw divisó sendos garrotes que se movían con singular brutalidad. Uno de los golpes alcanzó un punto particularmente sensible y el atacado emitió un agudo gemido de dolor.

Aquello no era un robo, se dijo; no eran dos ladrones que intentaban despojar a un marinero borracho, con los bolsillos llenos de su última paga. Era algo muy distinto, una paliza propinada por motivos que no alcanzaba a comprender todavía, pero que no podían tener nada de honestos.

La sangre le hirvió repentinamente en las venas y saltó hacia adelante casi sin darse cuenta de lo que hacía. En media docena de zancadas alcanzó al grupo y alargó las manos. Un garrote bajaba en aquel momento, pero Barnaw se lo arrebató a su dueño de un seco tirón.

—Dejen al hombre, chicos —dijo apaciblemente.

El sujeto se volvió. Metió la mano en un bolsillo de su chaquetón azul y la sacó provista de unos nudillos de acero.

—Ahora verás, maldito entrometido...

Barnaw golpeó secamente, haciendo voltear el garrote en posición horizontal. Alcanzó una boca y oyó claramente el ruido de los dientes que se partían.

El sujeto cayó, rugiendo atronadoramente, a la vez que escupía sangre y fragmentos de piezas dentarias. El otro se revolvió y trató de darle un garrotazo.

Barnaw paró el golpe, levantando su palo con ambas manos,

para situarlo encima de la frente. Luego disparó el pie derecho.

Alcanzó una rodilla. El sujeto aulló y puso una mano en el lugar afectado. Barnaw hizo voltear de nuevo su garrote y llegó a las posaderas del atacante.

Se oyó un agudo chillido. El hombre saltó hacia adelante. Barnaw lo persiguió implacablemente, golpeándole sin cesar en los hombros y en los riñones. El otro corría sin rumbo y, de repente se encontró al borde del muelle.

Barnaw precipitó su caída, con un tremendo puntapié en las posaderas. El sujeto abrió los brazos y voló por los aires hacia el agua, situada a cuatro metros más abajo.

Se oyó un fuerte chapoteo. Barnaw se volvió y divisó a la víctima. Estaba sentado en el suelo y se tanteaba el brazo izquierdo con la mano derecha.

—¿Se encuentra bien, muchacho? —preguntó.

El atacado le dirigió una mirada de sorpresa.

—¡Vaya! —resopló—. Pero... ¡si es el capitán Barnaw! ¿Quién me lo iba a decir...?

Barnaw respingó.

—Usted es Hank Grubber, contramaestre del *North Sea* —dijo.

—El mismo, capitán.

—Ya no lo soy, Hank —contestó el joven—. Y usted sabe muy bien por qué no debe darme ese título.

—Sí, capitán, lo sé. Mi hermano estaba a bordo del *Pacific Star*. Por favor, ¿quiere ayudarme? Creo que esos animales me han partido un remo.

Barnaw tendió la mano al sujeto y Grubber se levantó, haciendo una mueca. Vio al tipo caído en el suelo y, sin poder contenerse, le arreó un fuerte puntapié en el costado.

—Hijo de mala madre —masculló—. Me pillaron por sorpresa... De otro modo, las cosas se habrían desarrollado diferente. Como sea, le doy las gracias, capitán. De no haber sido por usted, puede que hubiese acabado en el fondo de la bahía. Y hablando de otras cosas, yo creo que usted no tuvo la culpa de...

Grubber se calló bruscamente.

Estaba solo. Barnaw había desaparecido como si fuese un espectro.

—¿Dónde se habrá metido este hombre? —masculló,

desconcertado.

El brazo le dolió de repente y lanzó una interjección. Tendría que buscar a un médico para que le curase. En aquel momento, vio al otro atacante que alcanzaba penosamente el borde del muelle, mediante una escalera que había adosada al borde.

Renqueando, Grubber se acercó al sujeto, que ya tenía los hombros a ras del suelo. Levantó el pie derecho y lo plantó en la cara del matón con todas sus fuerzas.

—¡Abajo, bastardo!

Sonó un grito ahogado. Grubber dio media vuelta y se alejó, maldiciendo entre dientes. Le hubiera gustado ver a Barnaw para charlar un rato con él, pero el joven se había perdido sin dejar rastro.

* * *

Terminó su trabajo y contempló el resultado durante unos momentos, con el ceño fruncido. A Fulton Beach no le gustaba lo que había descubierto.

Permaneció unos momentos indeciso. Luego alargó la mano hacia el teléfono, como si fuese a hablar con alguien, pero desistió finalmente y se puso en pie. Lo haría al día siguiente, decidió. Total, ahora no iba a conseguir nada...

Beach consultó su reloj. Suspiró. Se le había hecho demasiado tarde. Absorbido por el trabajo, no se había dado cuenta del rápido paso del tiempo. Llegaría a su casa con retraso y su mujer pondría el grito en el cielo. Pero comprendería muy pronto y sabría disculparse, se dijo.

Con el libro en las manos, se acercó a la caja fuerte situada en un lado del escritorio. De espaldas a la puerta, no se dio cuenta de que ésta se abría cautelosamente. Tampoco vio los dos cañones de la escopeta recortada que asomaban por el hueco.

El arma emitió de pronto un trueno espantoso. Había sido disparada a menos de cinco pasos de distancia y Beach fue proyectado irresistiblemente contra la pared, con la espalda completamente destrozada por la doble descarga de postas.

El libro saltó por los aires y cayó al suelo. El asesino penetró de dos zancadas. En las manos enguantadas, además de la escopeta,

tenía otro libro análogo al primero, que dejó encima de la mesa.

Luego se inclinó sobre el libro que había dejado caer Beach y se lo llevó.

La atmósfera olía a pólvora quemada. Beach se agitó todavía un poco y luego se quedó quieto.

* * *

Terminó de colocar su exiguo equipaje y cerró la maleta. Con ella en la mano, se encaminó hacia la puerta. Al abrirla, vio a una persona parada en el umbral.

La joven tenía la mano levantada, en actitud de llamada. Barnaw la miró con sorpresa. Ella, también sorprendida, tardó unos segundos en bajar la mano.

Era una chica alta, bien proporcionada, de cabello rubio oscuro, peinada como un casco de bronce pulido sobre su cabeza. Vestía con sencillez, pero se veía claramente que sus ropas eran de buena calidad.

—¡Usted! —resopló Barnaw.

—¿Puedo pasar, capitán? —consultó la joven.

—Pase, pero se quedará sola —dijo él.

—Se marcha, parece.

—No lo parece. Me voy, efectivamente, señorita Kreiss.

Ella se mordió los labios.

—Deseaba hablar unos momentos con usted, capitán...

—Ya no lo soy. ¿Recuerda?

Kena Kreiss enrojeció.

—Lo sé todo, capitán —dijo.

—Entonces, no es necesario que hablemos más. Perdone, pero tengo prisa.

—Aguarde un momento, por favor.

Barnaw levantó las cejas con un gesto inequívocamente burlón.

—Ah, una Kreiss pide las cosas por favor, en lugar de ordenarlo, simplemente —dijo, muy crítico.

—Capitán, sé que tiene motivos para sentirse disgustado con nosotros, pero, si quisiera escucharme unos momentos...

—¿Disgustado? ¿Ha dicho disgustado? Oh, pero eso se pasa pronto y luego vuelven la paz y la armonía... No, no me siento

disgustado de la actitud que tomaron los Kreiss conmigo; sólo asqueado, defraudado, horripilado incluso... Pero ¿a qué seguir hablando de un tema que ya está muerto y enterrado?

—Como las víctimas del *Pacific Star*, ¿verdad?

El semblante de Barnaw se oscureció.

—Sólo algunas. Los que no están bajo tierra, fueron a parar al fondo del mar —contestó.

—Capitán, por favor, escúcheme —rogó ella, irritada.

—Lo siento. Tengo que marcharme. ¿Sabe?, a partir de ahora, trabajaré en una granja, a quinientas millas de la orilla del mar. Y no me llame más capitán, porque ya no mando ningún barco. ¡Adiós!

Barnaw dio dos pasos y cruzó por delante de la joven. Kena se volvió hacia él.

—Capitán, ¿no le gustaría volver a mandar otro barco de la Kreiss Line?

Barnaw se detuvo en seco. Lentamente, giró la cabeza y miró a la joven.

—¿He oído bien? —preguntó.

—No hablo en chino —respondió ella.

—Y, dígame, ¿qué he de hacer para conseguir de nuevo el mando de otro barco de la flota de papá Kreiss? ¿Besarle las suelas de los zapatos? ¿Arrastrarme por el suelo y poner un pie sobre mi cabeza?

—No sea mordaz, capitán —le reprochó ella—. Entiendo perfectamente que no sienta ninguna simpatía hacia nosotros. En su lugar, yo abrigaría los mismos sentimientos. Mi padre no se portó demasiado bien con usted, ésta es la verdad. Pero ahora le necesita...

—Que busque a Satanás, si está en un apuro —contestó él bruscamente—. ¿Por qué había de ayudar al hombre que no me tendió una mano cuando yo estaba en una mala situación? Siempre creí que un patrón debía ayudar a sus empleados, cuando éstos tenían problemas, pero su padre se olvidó de mí como si estuvieseapestado. Sí, ya sé que tiene problemas, y me divertiré muchísimo el día en que le vea en una esquina, con un sombrero en la mano. Mientras, yo estaré tranquilamente echando de comer a las gallinas...

—Está bien, capitán, váyase —dijo Kena, impasible—. No quiere ayudar a mi padre y no se lo reprocho. Pero su comportamiento no le gustaría a la señora Beach, créame.

Barnaw respingó.

—¿Qué tiene que ver la señora Beach con todo esto? —rezongó—. Ya sé que su esposo fue el único que quiso defenderme...

—Pero ¿es que no lo sabe usted? —se asombró Kena—. ¿No conoce la noticia?

—No leo periódicos, ni oigo la radio ni enciendo el televisor, y no me comunico con la gente —declaró Barnaw—. ¿Qué le ha pasado a Fulton?

—Fue asesinado hace cuatro días —dijo la muchacha.

CAPÍTULO II

Barnaw se sentó en el borde de la cama y encendió un cigarrillo. Kena buscó una silla y se puso frente a él.

—¿De veras no lo sabía, capitán? —preguntó, rompiendo la larga pausa de silencio que se había producido tras sus últimas palabras.

—No. —Barnaw sacudió la cabeza—. No tenía la menor idea... Claro que hacía ya algunas semanas que no le veía. Sí, Fulton fue el único que creyó en mi inocencia... Si el tribunal me absolvió, fue por falta de pruebas; no porque no me creyeran realmente culpable de lo que ocurrió... Cuénteme, ¿qué le pasó a Fulton?

—Le dispararon con una escopeta de cañones recortados a cuatro metros de distancia —explicó la joven—. Murió casi instantáneamente. Ocurrió en su oficina, a las nueve y media de la noche.

Barnaw alzó la cabeza.

—¿Qué hacía a esas horas en la oficina? —se sorprendió.

—Hace algún tiempo, Beach comunicó a mi padre que tenía las sospechas de que alguien manipulaba los libros. No sabía quién podía hacerlo, pero creía que alguien hacía trampas, para meter mano en nuestras cuentas corrientes. Parece ser que había descubierto algo, pero no tuvo tiempo de comunicarlo. Un asesino se encargó de silenciarlo para siempre.

—Bueno, si se hicieron trampas en los libros, saldrán a relucir...

—Lo dudo mucho. Los libros están en orden.

—¿Cómo lo sabe?

—Después de la muerte de Fulton, encargamos a un contable profesional que hiciese una inspección. No había la menor alteración en los diferentes asientos.

—Entonces, sólo eran sospechas sin fundamento...

—¿Por qué asesinarlo, en tal caso? Pudieron intentar robar en la oficina, pero no fue así. Todo apareció en perfecto orden y no había un papel fuera de su sitio. Además, le dispararon por la espalda, sorprendiéndolo completamente —respondió Kena.

—Bien, supongamos que Fulton hubiera descubierto algo. ¿Qué podría pasar?

Kena le miró fijamente. Barnaw contempló los ojos de la muchacha, grandes, azules como los lagos de alta montaña.

—¿Y usted cree que yo —preguntó—, puedo hacer algo? ¿No hay policías en Sun Harbor que pueden aclarar este crimen?

—No han encontrado ninguna pista y hasta sospechamos que no tengan demasiado interés en encontrar al asesino. Capitán, alguien quiere arrumarnos y no tenemos la menor idea de quién puede ser —dijo la joven un tanto excitada.

—La cosa debe de estar apurada cuando el poderoso Bruno Kreiss pide a un apestado que intervenga en su favor —comentó Barnaw sin poder contener la ironía.

—Tan apurada, que ayer mismo nos devolvieron un cheque por falta de fondos —manifestó Kena.

—¿De veras? Es increíble...

—Los libros están en orden, pero no hay dinero en la cuenta de la compañía. Afortunadamente, está la cuenta familiar y ahí sí que los ladrones no pudieron meter mano.

—El señor Kreiss se creó muchos enemigos, usted lo sabe tan bien como yo.

—Envidiosos —calificó Kena—. También sabe usted que fue duro, pero justo.

—No conmigo, señorita.

—Hasta el más justo se equivoca, a veces.

—Entonces, reconoce el error.

—¿Estaría aquí, si no fuese así?

Hubo un instante de silencio, Barnaw dijo:

—Bien, ¿qué quiere que haga yo?

—Hank Grubber nos habló de lo que sucedió hace una semana.

—Le estaban apaleando y no me gustó lo que pasaba. Pero no lo reconocí hasta después. Lo hice sin saber que era él.

—Si lo hubiera sabido, ¿se habría abstenido de intervenir?

Por primera vez, Barnaw sonrió desde el inicio del diálogo.

—Admito el golpe —contestó—. ¿Qué sucedería si les arruinasen?

—Empecemos por el *Pacific Star*. ¿Sabía usted que la compañía de seguros se ha negado a pagar la indemnización por el naufragio? Ha pagado lo correspondiente a las víctimas humanas, pero no nos ha dado un céntimo por el barco perdido.

—¿Por qué?

—Capitán, como marino, ¿conoce usted el significado de la palabra baratería?

Barnaw asintió.

—Conque es eso —murmuró.

—La compañía de seguros alega que fue un naufragio intencionado.

—Pero eso no es cierto...

—No tenemos forma de probar lo contrario. La pérdida del *Pacific Star*; más el vaciado de nuestra cuenta, pueden significar el principio de la mina para la Kreiss Line —dijo Kena.

—No fue baratería y yo no estrellé el barco deliberadamente contra las rocas de la costa.

—No le acusan a usted, sino a otro miembro de la tripulación, cuyo nombre se desconoce por el momento.

—¿Quién le ha dicho tal cosa, señorita Kreiss?

—Larriman Shallcott, representante de la compañía aseguradora en Sun Harbor —contestó Kena.

—Menudo pájaro de cuenta —calificó él—. De acuerdo, trataré de hacer algo...

—Si consigue resultados positivos, tendrá de nuevo el mando de otro barco —prometió la joven.

Barnaw se puso en pie.

—Olvídelo —dijo—. Me iré a arar la tierra, a cultivar melocotones y sandías, lechugas y coles, henos, cebada y trigo... y puede que también unas cuantas hectáreas de viñedo. No pienso poner jamás los pies Sobre la cubierta de un barco y si les ayudo es para conseguir demostrar que no tuve la menor participación en el naufragio del *Pacific Star*. El tribunal marítimo me dejó exculpado, pero sólo por falta de pruebas; no hubo plena declaración de inocencia, ¿comprende?

Kena se había levantado también. Abrió un bolso y entregó un papel al joven.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

—La cuenta familiar ha sido respetada —dijo Kena—. Acéptelo, capitán; necesitaré dinero y nosotros le debemos algo...

—Es bueno que lo reconozcan —gruñó Barnaw—. La compañía Kreiss me dejó en la estacada, cuando debía haberme apoyado con todas sus fuerzas. Repito que lo hago por mí, no por ustedes, téngalo bien presente, señorita Kreiss.

Kena sonrió levemente.

—Le deseo un éxito completo, capitán —se despidió.

Barnaw quedó solo. Su situación había cambiado brusca e inesperadamente.

Era bueno que los Kreiss se hubieran acordado de él, porque ello significaba que le necesitaban. Pero más importante que todo era que podía recuperar su buen nombre.

El padre de Kena podría estar armiñado, pero todavía tenía poder e influencia en Sun Harbor. Podía servirle de mucho en su tarea..., que debía emprender de inmediato, se dijo.

¿Por dónde empezar?

De pronto, sonrió. Ya había encontrado la respuesta y no dudó un momento que era lo primero que debía hacer.

El hombre tenía un corte en la barbilla, tapado con un trozo de cinta adhesiva y un ojo cerrado. Vio al joven, sonrió y le tendió una mano.

—Siéntese, capitán —invitó—. ¿Una copa?

—Gracias, Hank. Por cierto, ¿cómo va su brazo? Creí que se lo habían roto...

—Tuve suerte; sólo fue un golpe, muy fuerte, pero me dolía tanto que llegué a creer que tenía el hueso hecho polvo. Las radiografías demostraron que no había nada... —Grubber levantó una mano—: ¡Eh, chica, trae dos copas de lo bueno! —gritó a una de las camareras del local.

Barnaw sacó cigarrillos. Los dos hombres fumaron en silencio. La camarera, una mujer rubia y pechugona, trajo los vasos llenos y se retiró. Grubber tomó un trago y luego miró al joven.

—¿Y bien, capitán? ¿Qué se trae ahora entre manos?

—Hank, ¿por qué querían zurrarle la otra noche?

Grubber hizo una mueca.

—Hay personas en Sun Harbor a las que no resulto simpáticas —contestó—. Eran dos matones de Hiffo Tuddock.

—¿Quién es Tuddock?

—El jefe del Sindicato de Marineros. En la última reunión, dije que Tuddock debía presidir el sindicato de ladrones y toda clase de sinvergüenzas. Muchos me aplaudieron. A Tuddock no les gustó, eso es todo.

—Y envió a sus matones...

—Lo hace siempre con los que no están con él. Así consigue votos.

—No cabe duda, es un buen político —sonrió Barnaw—. Hank, ¿qué sabe de la muerte de Beach?

Grubber se puso serio.

—Fue una guarrada —contestó—. Beach era el hombre más bueno y más decente que he conocido en mi vida. Aunque era un asunto que no le tocaba ni de lejos, resultaba público y notorio que se oponía también a las actividades de Tuddock. A fin de cuentas, tenía que tratar con muchos marineros y les aconsejaba que no votasen por ese canalla.

—¿Cree que lo mataron por esa razón, Hank?

—No sé qué decirle. Es un asunto muy feo, capitán. No robaron nada en la oficina, todo apareció en orden...

—He hablado con Kena Kreiss. La chica dice que alguien manipuló los libros. La cuenta bancada de la compañía está a cero. La compañía de seguros se niega a abonar la indemnización por la pérdida del *Pacific Star*.

—Vaya, eso es nuevo para mí —se sorprendió Grubber—. ¿Por qué no quieren pagar?

—Dicen que fue un naufragio intencionado.

—Aunque fuera así, no tienen modo de probarlo.

Barnaw se frotó el mentón.

—El radar falló en el momento menos oportuno. La brújula me daba indicaciones falseadas. Cuando quise darme cuenta, ya tenía el barco en las rocas. Hank, yo conozco bien la costa y ni a ciegas habría sido capaz de estrellarme.

—Había mucha niebla esa noche, capitán —adujo Grubber.

—El viento era de cuarenta nudos y había olas de cuatro y cinco

metros de altura. Yo me mantenía a la capa, pero era porque creía estar a más distancia de la costa. Sabía que las corrientes y el viento me hacían derivar, aunque lo compensaba con metidas de timón y la acción de las máquinas. La proa no se veía desde el puente y cuando quisimos darnos cuenta, ya nos habíamos estrellado.

—Eso no le habría pasado a usted en circunstancias normales.

—Lo sé. Yo pensaba que me encontraba a cuatro o cinco millas de la costa, y a diez al noroeste de Punta Chica. En realidad, estábamos a cien metros de las rocas y a una milla al sur del cabo. Usted conoce aquellos parajes, supongo.

Grubber asintió.

—En el pasado hubo allí muchos naufragios —contestó.

—Algún día encontraré al miserable que averió el radar y actuó sobre la brújula. Hank, en su opinión, ¿quién pudo matar al pobre Beach? El naufragio del *Pacific Star* y la muerte de Beach parecen dos asuntos distintos, pero están relacionados entre sí, mucho más estrechamente de lo que se pueda pensar.

—Antes dijo que los libros habían sido amañados —recordó el contramaestre.

—Sí, aunque, aparentemente, no se aprecian modificaciones. Pero la cuenta del Banco ha sido saqueada...

—Beach tenía cuatro personas empleadas en contaduría —dijo Grubber—. Dos chicas y dos hombres. Despidió a uno de éstos.

—¿Por qué?

—Algunos marineros prefieren todavía el viejo método del sobre con billetes, cuando cobran su salario. El amanuense hacía trampas y se quedaba con una porción de esos salarios.

—¿Conoce su nombre?

—Bury Dillson, aunque no sé dónde vive. Beach lo tenía empleado porque era un tipo realmente competente. Demasiado, capitán; jugaba con los números como un malabarista del circo juega con las pelotas o las porras indias. Para mí, Dillson tiene que saber algo del asunto.

—Gracias, Hank; buscaré a ese tipo. ¿Le cree capaz de usar una escopeta «recortada»?

—No, pero quizá lo hizo Dingus Malamud. Se dice que es un asesino y que realiza ciertas tareas muy peculiares para Tuddock. Si hubo manipulación en los libros, tuvo que ser cosa de Dillson.

Luego, se dieron cuenta de que Beach iba a notarlo y decidieron taparle la boca.

—Pero los libros están en orden...

Grubber sonrió maliciosamente.

—Dillson sería capaz de manipular en un papiro egipcio y hacer creer que Tutankhamón era astronauta —contestó.

Barnaw sonrió también.

—Será cosa de hablar con ese genio de las matemáticas —dijo—. Gracias, Hank.

—Siento no poder decirle dónde vive Dillson, pero quizá lo sepa Betta Foster. Es la dueña del El cormorán de plata —indicó el contramaestre.

—La conozco —se despidió Barnaw.

CAPÍTULO III

Entró en la taberna, atestada de gente, y se situó en un rincón del mostrador. Nadie le prestó atención, aparte de que las gafas de color que llevaba apenas permitían ver sus facciones. Vino un barman, le pidió cerveza y aguardó pacientemente.

Betta Foster apareció un cuarto de hora más tarde. Era una morena de sonrisa fácil y formas generosas, pero también con un genio muy firme y que había roto más de una botella en cabezas de pependancieros y levantiscos. Betta no se fijó en aquel marinero que estaba apoyado en el mostrador, con los hombros hundidos. Sonreía a unos y a otros y en una ocasión lanzó una estridente reprimenda a un tipo que pretendía marcharse sin pagar.

Al cabo de un rato, entraron dos hombres en la taberna y se dirigieron directamente hacia la dueña.

—Queremos hablar contigo, Betta —dijo uno de ellos.

—Muy bien, vamos a mi despacho —contestó la mujer.

A Barnaw no le gustó el aspecto de los sujetos. Uno de ellos le pareció conocido. ¿No era uno de los atacantes de Grubber?

Un impulso repentino le hizo abandonar el mostrador. Cruzó una puerta y se adentró en un pasillo débilmente iluminado. Al fondo, se veía una rendija de luz. La puerta del despacho privado de Betta no estaba bien cerrada.

Barnaw se acercó de puntillas y pegó el oído a la madera. La voz de Betta sonó repentinamente irritada.

—Estáis locos —dijo—. No pienso pedir nada a mis muchachos. Ellos son ya mayorcitos para saber lo que deben hacer...

—Diles que voten por Tuddock —indicó uno de los sujetos—. Les conviene mucho.

—Porque, si no, tu local podría sufrir graves daños y ellos se

quedarían sin trabajo —añadió el otro.

—No haré nada —insistió ella.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Betta lanzó un grito de dolor.

—¡Suéltame, bestia! Déjame en paz, te digo...

—Betta, hermosa, tienes un pecho precioso. ¿Te gustaría que te hiciese un par de marcas con mi navaja?

Barnaw se puso rígido. Ella volvió a hablar, pero ahora había en su voz una indudable nota de pánico.

—No, no lo hagas, Rade... Por lo que más quieras...

Barnaw empujó la puerta. Betta había sido sorprendida. Uno de los rufianes, a sus espaldas, la sujetaba por ambos brazos. El otro, frente a ella, paseaba la punta de una afilada navaja por encima del seno izquierdo, medio descubierto.

—Lo harás, ¿verdad, encanto? —dijo el llamado Rade con perverso acento—. ¿Dirás a tus empleados que voten por Tuddock?

Betta no tuvo tiempo de contenerse. Barnaw irrumpió en la estancia de manera fulgurante.

Antes de que Rade pudiera darse cuenta de lo que pasaba, Barnaw le había quitado la navaja. Inmediatamente, asestó un corte en la mano izquierda del otro rufián.

El sujeto lanzó un aullido de dolor, al ver el dorso de su mano ensangrentado. Barnaw se revolvió velozmente. La navaja cortó ahora el brazo derecho de Rade, desde el codo a la muñeca.

Rade emitió un rugido, con la manga de la chaqueta rasgada. El corte medía al menos veinte centímetros, aunque no era muy profundo. Aquel brazo, sin embargo, iba a quedar fuera de uso durante unas cuantas semanas.

Betta miró al recién llegado con ojos incrédulos. Barnaw agitó la navaja amenazadoramente.

—Largo, canallas.

Rade y el otro sacaron sendos pañuelos para intentar atajar la hemorragia. Ninguno de los dos comprendía muy bien lo que había sucedido, pero ahora ya estaban en desventaja y se marcharon, gruñendo amenazadoramente.

Barnaw cerró la puerta y miró a la mujer sonriendo.

—¿Estás bien, Betta? —preguntó.

Ella se pasó una mano por la frente.

—¿Hay milagros en la actualidad? —contestó.

Tambaleándose, fue hacia una consola, destapó una botella, llenó un vaso y bebió la mitad de un trago. Luego se volvió hacia el joven.

—Capitán, ¿de dónde sale usted? —inquirió.

Barnaw tiró la navaja a un rincón y se acercó a la consola, para servirse una copa.

—Quiero hablar contigo, Betta —dijo.

—Claro, capitán. ¿De qué se trata?

Barnaw tomó un sorbo.

—¿Dónde vive Bury Dillson?

—¿Por qué lo busca?

—Necesito un contable.

—Fulton Beach lo despidió.

—Ya lo sé. ¿Dónde vive Dillson?

—South Sea, cuatrocientos ocho.

Barnaw vació la copa.

—Gracias, eso era todo lo que deseaba saber.

—Espere un momento, capitán —pidió ella vivamente—. No se vaya así, tan pronto. Deje que le dé las gracias por su intervención...

Barnaw la miró críticamente de pies a cabeza. Ella enrojeció como una colegiala.

—¿De veras quieres darme las gracias, Betta?

—Bueno, esos tipos querían hacerme una cochinada... Usted ha llegado muy oportunamente... Sé que se encuentra en una mala situación y me gustaría ayudarle...

—Mi situación no es tan mala como parece —dijo él—. Ahora bien, si insistes en darme las gracias...

Barnaw cerró la puerta del despacho, lo atravesó, abrió la que había situada en la pared del fondo y agitó una mano.

—Ven —dijo.

Ella, un tanto intrigada, le siguió. Cuando estuvieron en la habitación contigua, Barnaw empezó a desabrocharle la blusa.

—Eh, ¿qué está haciendo? —se alarmó ella.

Barnaw se inclinó para besar el profundo escote de la mujer.

—Esto no es una navaja que pueda destrozarse un pecho tan hermoso —contestó.

Transcurrió un largo rato. Luego, de pronto, Betta se sentó en la cama y miró sonriendo al hombre que fumaba a su lado, tendido de espaldas.

—Bueno, que me aspen si llego a pensar que tu visita iba a acabar de semejante manera —exclamó.

—¿Acaso he observado un comportamiento incorrecto?

—Oh, no, claro que no. Llegas aquí como un ciclón, cortas manos y brazos, vienes a mí, me desnudas, me atropellas... Sólo te ha faltado una cosa, capitán.

—¿Qué, preciosa?

Ella lanzó una alegre carcajada.

—Lo de los chistes de la edad de piedra. Tendrías que haberme dado un porrazo en la cabeza y luego arrastrarme por los pelos...

—No soy tan bruto, encanto. Pero no estás disgustada conmigo, supongo.

—No, sólo un poco aturdida. Aún no me creo lo que ha pasado... ¿Por qué buscas a Dillson?

—Beach lo despidió, porque se quedaba con dinero de la nómina. Dillson, se sospecha, manipulaba en los libros de la Kreiss Line. Beach debió de notarlo y pensaron que sería bueno cerrarle la boca.

—Le partieron por la mitad con una escopeta de cañones aserrados —dijo ella pensativamente.

Desnuda, estaba sentada en la cama. Levantó una rodilla y apoyó en ella su codo.

—Capitán, tú no tienes motivos para sentir gratitud hacia Kreiss —agregó—. ¿Por qué quieres ayudarlo?

—Fui exculpado por falta de pruebas. Sin embargo, no se declaró mi inocencia de un modo satisfactorio.

—Y tú quieres...

—La gente piensa que hundí el barco, pero que no pueden demostrarlo. Yo quiero que todo el mundo sepa que no tuve que ver con el naufragio del *Pacific Star*.

—Entiendo. ¿Crees que hablando con Dillson conseguirás algo?

—Para mí, es un principio. Ahora, dime, ¿qué problemas tienes con Tuddock?

—Las elecciones se van a celebrar muy pronto. Tuddock quiere seguir al frente del sindicato. Tiene sus partidarios, claro, pero no son tantos como le gustaría. Por eso anda recolectando votos.

—Con la ayuda de matones, claro.

—Así es, capitán. Si gana, continuará manteniéndose en el puesto durante otro montón de años. A muchos no les gusta esa perspectiva.

—Comprendo. ¿Quién es el rival de Tuddock?

—Dwin Lorrell, un hombre honesto, que ha prometido sanear el sindicato y limpiarlo de indeseables y matones. No creo que lo consiga, pero Tuddock parece que le tiene miedo y por eso trata de asegurarse la reelección por unos métodos que ya conoces.

—Sí, he tenido ocasión de comprobarlo. ¿Cuándo son las elecciones?

—La semana próxima, el viernes. Pero ¿qué diablos te interesa a ti...?

—Betta, olvidas que yo también pertenezco al sindicato —sonrió él—. Pero acércate un poco... —Barnaw la atrajo sobre su pecho—. Quiero decirte algo muy reservado.

Betta se dejó caer sobre el joven. Barnaw bisbiseó algo a su oído.

Ella levantó un poco la cabeza.

—¡Sinvergüenza! Esas cosas no se le dicen a una señora decente —protestó sonriendo.

—No, no se dicen; es mucho mejor hacerlo —contestó él ardientemente, a la vez que buscaba la boca de la mujer.

Más tarde, Barnaw empezó a vestirse.

—¿Sabes dónde se celebrarán las elecciones?

—Sí, en el cobertizo de la Grogan Fisheries. Está al lado del local del sindicato. Es muy amplio y allí cabrán todos los que vayan a votar.

—Yo también iré a votar —prometió Barnaw.

* * *

Consultó la hora y vio que ya era muy tarde. Sin embargo, se dijo, era mejor buscar a Dillson en aquellos momentos. Lo encontraría dormido, con la guardia bajada; podría acosarle y sacarle todo lo que sabía, antes de que tuviera tiempo de reponerse

de la sorpresa recibida por una visita totalmente inesperada.

Caminó a largas zancadas. La casa de Dillson no estaba demasiado lejos de la taberna de Betta y no valía la pena emplear el coche.

Las calles estaban desiertas. El asfalto brillaba por la humedad. Reinaba un silencio absoluto.

Barnaw se detuvo de pronto para encender un cigarrillo. Entonces oyó sonido de pisadas.

Volvió la cabeza unos instantes. A veinte metros, dos hombres se habían detenido, para, en apariencia, encender también unos cigarrillos. Barnaw sonrió para sí.

—No me dejan en paz —murmuró, mientras reanudaba su camino.

De pronto, dobló una esquina. Un poco más allá, había un callejón y se metió en él de un salto.

Aguardó calladamente. Las pisadas sonaban ahora muy rápidas. Los perseguidores corrían.

De pronto, se detuvieron en las inmediaciones. Barnaw les oyó hablar.

—Ha desaparecido —dijo uno de los hombres.

—¿Dónde diablos ha podido meterse? No le hemos dado tiempo a esconderse.

Barnaw divisó algo muy cerca y tanteó con la mano. Satisfecho, empuñó la tabla que había pertenecido a un viejo cajón de embalaje, ahora desguazado. Los matones se acercaban a la entrada del callejón.

—No me gustaría haberle perdido —dijo uno.

—Ten cuidado —contestó el otro—. Recuerda lo que les ha hecho a Rade y a Nikkoll. Es un tipo muy peligroso.

—Si le pongo la mano encima, se habrán acabado todas sus fanfarronadas —dijo el primero que había hablado.

Barnaw surgió repentinamente del callejón. El primer golpe con la tabla no fue muy fuerte, porque, aprovechando la sorpresa, pudo dar a uno de los matones en la cabeza, derribándolo instantáneamente.

El otro saltó hacia atrás y metió la mano en un bolsillo. Barnaw movió la tabla en un semicírculo horizontal y golpeó un antebrazo.

Se oyó un chasquido y no procedía de la tabla, que seguía

intacta. El hampón lanzó un grito de dolor y se tambaleó.

Barnaw golpeó de nuevo. La tabla, ya resentida se partió en dos trozos, después de alcanzar la frente del sujeto.

El joven se frotó las manos, una vez arrojado a un lado el trozo de tabla que le había quedado. Sonriendo, miró al segundo de los caídos, también inconsciente.

—Esta anestesia te curará todos los dolores —dijo.

Siguió andando y volvió a la calle South Sea. Un poco más adelante, vio a un hombre que salía corriendo de una casa y entraba en un coche, que arrancó de inmediato a toda velocidad.

Barnaw frunció el ceño. ¿Había avisado alguien a Dillson de su inmediata visita?

Entró en la casa y subió un par de pisos. Llegó ante una puerta, tanteó el picaporte, la empujó y entonces vio que Dillson no era el fugitivo.

Dillson ya no podría volver a caminar jamás. Tenía el cuello cortado de oreja a oreja.

CAPÍTULO IV

Kena Kreiss entró en el restaurante, miró a todas partes durante unos segundos y luego, al ver a Barnaw sentado a una mesa, avanzó rápidamente hacia él.

Barnaw se puso en pie y la ofreció galantemente una silla.

—¿Quiere almorzar conmigo? —invitó.

—Me ha llamado... ¿para qué? —preguntó ella.

—Siéntese, mujer. Primero debemos comer; luego ya hablaremos. Hay tiempo de sobra.

—Está bien —cedió Kena de mala gana.

Vio la camarera y Barnaw encargó el menú. Kena le miró sorprendida.

—Esto parece un banquete —dijo—. Le costará un ojo de la cara, capitán.

—Paga la casa Kreiss —contestó él desenvueltamente—. Pero, claro, no iba a llevarla a un tugurio donde sirven hamburguesas de carne de rata por medio dólar. A algunos les gustan sin embargo, sobre todo, las ratas capturadas en las bodegas de los barcos. Dicen que tienen un sabor especial...

—Por favor, no sea sádico con mi estómago —rogó Kena.

—Tiene usted un excelente sentido del humor. Y ahora, aquí viene una sopa de pescado capaz de resucitar a un vivo.

—Sólo resucitan los muertos, capitán.

—Yo me refería a algunas personas de Sun Harbor. Viven, pero son como muertos.

—¿A qué se refiere usted?

—A los que permiten ciertas situaciones... Seguiremos después —dijo Barnaw.

Apenas si hablaron durante el almuerzo. Al terminar, Kena se

reclinó en el respaldo de su silla y le miró sonriendo.

—Es usted tentador como un demonio, capitán.

—¿De veras? ¿Por qué lo dice?

—He comido como una mula hambrienta...

—¿Tiene problemas con la báscula?

—No, en absoluto.

—Entonces, no se preocupe de más. Y ahora, dígame. ¿Qué conflictos ha tenido su padre con el sindicato?

—¿Por qué no se lo pregunta a él?

—Porque fue la hija quien vino a buscarme. Hable, por favor.

—De acuerdo. Hace cosa de un año, mi padre tuvo una violenta discusión con Hiffo Tuddock. Algunos de nuestros empleados se habían quejado de las cuotas tan altas que les obligan a pagar. Casi todos, por no decir todos, consideran que Tuddock usa el sindicato como si fuese cosa propia, sin ocuparse de los problemas de los afiliados. A menos que se trate de partidarios suyos, claro.

—¿Y...?

—Mi padre le puso verde. Tuddock se engalló. Mi padre le arreó una bofetada que le hizo dar dos vueltas. Tuddock dijo que se acordaría de ello. Mi padre lo envió al infierno.

—Hace un año —murmuró Barnaw.

—Sí, más o menos.

—Tres meses más tarde, se hundió el *Pacific Star*.

—Según usted, el radar estaba averiado y la brújula desorientada. Pero no se pudo probar, porque el oleaje hizo trizas el barco, después del choque contra las rocas.

—Alguien provocó esas averías, señorita Kreiss.

—¿Sabiendo que podía morir?

—Murieron muy pocos. En total, éramos catorce y nos salvamos diez.

—Entonces, busque entre esos diez al culpable del sabotaje.

—Lo haré, descuide. Otra cosa: ¿cree justo que la compañía de seguros se niegue a pagar la pérdida del barco?

—No.

—Alegan baratería.

—Sí.

Barnaw apuntó a la muchacha con el Índice.

—Quiero un poder notarial para actuar en nombre de la Kreiss

Line en este asunto —dijo.

—¿Cómo?

Barnaw se lo explicó. Ella alzó las cejas.

—No se nos había ocurrido —confesó.

—¿Y sus abogados? ¿Son también del sindicato?

—¡Por Dios, no! —protestó Kena—. Mi padre confía plenamente en ellos, se lo aseguro.

—Entonces, está pagando unos honorarios absolutamente injustificados. Mañana mismo iré a ver a Shallcott y...

Alguien interrumpió de pronto al joven.

—¿Capitán Barnaw?

El hombre, era pequeño, calvo, con lentes de montura de oro y nariz ganchuda. Vestía muy atildadamente y llevaba una gardenia blanca en el ojal de la solapa. Detrás de él, había dos tipos voluminosos, fornidos, de rostro pétreo. Uno de ellos tenía los labios algo hinchados todavía.

—Sí —dijo el joven—. Soy yo.

—Usted me conoce, capitán —manifestó el hombrecillo—. Soy Hiffo Tuddock y deseo hablar con usted.

—Estoy ocupado, Hiffo.

—Deje a la chica y venga conmigo, capitán.

Barnaw apretó los labios. Miró a la joven y sonrió.

—No la conoce a usted —dijo.

Kena apoyó los codos sobre la mesa y juntó las manos.

—Eso parece —admitió.

—¿Quién es la golfa, capitán? —preguntó Tuddock.

Kena se puso en pie. Barnaw, muy divertido, aguardó la reacción de la muchacha.

—Hiffo, hace cosa de un año, un hombre le dio a usted una bofetada. ¿Lo recuerda?

Tuddock se puso colorado. Tranquilamente, sin mostrar la menor excitación, Kena alargó la mano izquierda, quitó los lentes al sujeto y luego le atizó una espantosa bofetada, que lo tiró hacia atrás, en brazos de sus compinches.

Kena dejó caer los lentes al suelo y pisó los cristales con los tacones de sus zapatos. Tuddock, aturdido, no acertaba a reaccionar.

—La hija ha repetido con mucho gusto la bofetada que le dio su

padre —dijo ella placentestamente.

Tuddock lanzó un gruñido y se enderezó.

—Devuélvame mis lentes —pidió.

Kena los empujó con la punta de uno de sus zapatos.

—Ahí los tiene, cerdo asqueroso.

—Esto le costará caro, señorita —barbotó el sujeto.

—Cuidado, Hiffo —dijo Barnaw.

Uno de los matones avanzó hacia el joven. Barnaw metió la mano en el bolsillo de su chaqueta.

—Tranquilo, muchacho. No me obligues a meterte una bala en las tripas —dijo sin alzar la voz.

El hampón se detuvo en el acto. Luego miró a Tuddock, como consultándole con la vista.

—Déjalo, Harley, no merece la pena. Capitán, vine a hablar con usted —dijo Tuddock.

—Insultó a mi acompañante.

—Lo siento y le presento mis disculpas. Pero creo que hablaremos mejor en otro sitio Vaya cuando guste a mi oficina; le recibiré inmediatamente.

Tuddock dio media vuelta y se marchó, flanqueado por sus dos guardaespaldas. Sonriendo, Barnaw se inclinó y recogió los lentes rotos.

—Tiene usted una mano muy viva, señorita Kreiss —comentó.

—Quise demostrarle a ese indeseable que no me dejo amilanar por sus sicarios —contestó ella—. Pero... ¿es cierto que usted tiene una pistola?

—No —rió el joven—. Ellos, sin embargo, no lo sabían.

—Ha sido un farol.

—No se sintieron capaces de mantener la puesta. ¿Hará lo que le he pedido antes?

—Cuenta con ello —respondió Kena—. ¿Piensa visitar a Tuddock?

—¿Por qué no? Siempre resultará un encuentro interesante, supongo.

—Me pregunto qué quería decirle...

—Yo también, pero ya lo sabré cuando vaya a verle. Hoy, no, por supuesto; tengo otras cosas que hacer.

—Puedo saber ¿qué cosas son ésas, capitán?

Barnaw emitió una sonrisa enigmática, a la vez que alzaba la mano para llamar al camarero.

—No sea curiosa —respondió.

* * *

La mujer abrió la puerta de la casa, vio al visitante y torció la boca en un inequívoco gesto de disgusto. Barnaw se dio cuenta del detalle y forzó una sonrisa.

—Si no quiere, no entraré en la casa, señora Bockford —dijo—. Hablaré con su esposo en el jardín, no tema.

Dio un par de pasos hacia atrás y esperó la respuesta de la mujer. Dentro de la casa sonó una voz de un hombre:

—¿Quién es, Emma?

—El hombre que mandaba tu barco, Luke —contestó ella.

—¡Diablos, el capitán Barnaw! Bueno, ¿a qué esperas? Dile que entre, mujer...

—Dice que prefiere hablar contigo en el jardín.

Los ojos de la mujer no se apartaban del visitante. Barnaw soportó estoicamente aquella dura mirada. Conocía los motivos, pero no estaba dispuesto a ofrecer unas disculpas que sabía no serían aceptadas.

Un hombre de mediana edad apareció en el umbral, con un periódico en las manos y las gafas de leer todavía cabalgando sobre su nariz.

—Celebro verle, capitán —dijo Luke Bockford—. Entre, por favor...

—No, gracias; a su esposa no le gusta. Y comprendo su enojo, desde luego —contestó el joven.

Bockford hizo una mueca.

—Hay cosas que las mujeres no comprenden —rezongó—. Bueno, de todos modos, su hermano estaba a bordo del *Pacific Star*...

—Y se hundió con el barco —dijo Barnaw.

La mujer regresó al interior. Barnaw señaló un banco del jardín.

—Estaremos mejor sentados, Luke —indicó.

—Sí, señor.

Barnaw sacó tabaco. Durante unos momentos, los dos hombres

fumaron en silencio. Bockford fue el primero en romperlo.

—Usted quiere decirme algo, capitán. Hable sin temor —invitó.

—El *Pacific Star* se hundió. Usted era el contramaestre. Alguien manipuló en el radar y en la brújula. Temamos que estar a diez millas al noroeste de Punta Chica y resultó que estábamos a una milla al sur y a cuatro pasos de las rompientes, en lugar de a cuatro millas, como creíamos.

—Así es, señor; yo lo recuerdo muy bien, porque unos minutos antes, quizá ni cinco, yo había estado en el puente y encontré normales todas las indicaciones de posición y de rumbo. Francamente, no comprendo cómo pudo ocurrir una cosa semejante... a menos que alguien hiciera lo que usted ha dicho, capitán.

—Por eso ha venido a verle, Luke. Alguien lo hizo y no precisamente de balde. ¿Se le ocurre a usted algún nombre?

Bockford meditó unos segundos. Luego dijo:

—Hay un sospechoso... Sí, tuvo que ser él, no me cabe la menor duda, capitán.

—¿Quién, Luke?

—Harry Welt, señor.

—¿Mi segundo? —se asombró el joven.

—Sí, señor. Todos hemos dispuesto de ocasiones para embarcarnos después del naufragio. Yo mismo estoy enrolado en el *Jenny C.* Pero él es el único de todos los supervivientes que no se ha embarcado otra vez.

—¿Seguro, Luke?

—Positivamente. Ahora que me doy cuenta... Eso no es lógico en un hombre que vivía de su sueldo, como todos nosotros, como usted mismo... No hace ni dos semanas, le vi en un coche flamante, último modelo... y sé que tiene una casa espléndida en East Point, un barrio de muchas campanillas.

Barnaw movió la cabeza varias veces.

—Alguien le dio dinero por su traición —dijo.

—Ahora ya no me cabe duda, señor. Welt vive como un príncipe y lo pasa en grande, siempre con una rubia de buen ver colgada del brazo. Puesto que no trabaja, ¿de dónde pudo sacar el dinero?

—Está muy claro, aunque desconozcamos el nombre de la persona que lo sobornó.

—¡Hum, capitán! Yo apuntaría en dirección a Tuddock y no me desviaría ni medio centímetro del blanco —dijo Bockford maliciosamente.

—Sí, es posible. —Barnaw se puso en pie—. Gracias, Luke; iré a hablar con Welt en cuanto me sea posible.

—Es un tipo duro como el cuero viejo —advirtió el contramaestre—. No soltaré la lengua tan fácilmente, señor.

—Hablaré, Luke, se lo aseguro —dijo el joven con aire de indudable confianza en sí mismo.

CAPÍTULO V

Una guapa secretaria recibió al joven por la mañana, al día siguiente. Barnaw se había ataviado con toda corrección y ofrecía un aspecto completamente normal. La secretaria leyó su tarjeta de visita y luego que el señor Shallcott, probablemente, estaría muy ocupado.

—No importa —contestó Barnaw—. Esperaré todo lo que sea necesario.

—Bien, en tal caso, tenga la bondad de sentarse, señor.

—Muchas gracias.

Barnaw apreció el lujo de las oficinas. Shallcott, se dijo, era un tipo que debía de ganar mucho dinero. Claro que la decoración habría salido de los presupuestos correspondientes de la compañía de seguros, pero Shallcott era su representante en una extensa zona de la costa y algún tipo de intervención habría tenido en los decorados y mobiliarios.

La secretaria volvió a los pocos momentos.

—Lo siento, señor —dijo, compungida—. El señor Shallcott tiene muchísimo trabajo y no le es posible recibirle en estos momentos. Tal vez, otro día pueda...

Barnaw no se inmutó.

—Muy bien, señorita. Dígale a su jefe que dentro de una hora, estaré aquí con un alguacil, que le presentará una demanda de embargo de todos los bienes que la compañía de seguros tiene en Sun Harbor, incluidas las cuentas bancarias. Dígaselo así y tráigame la respuesta, por favor.

La joven se asustó y echó a correr hacia el despacho de Shallcott. Instantes después, abrió la puerta y se echó a un lado.

—Pase, tenga la bondad, señor Barnaw —dijo.

El joven se puso en pie. También en pie, detrás de su escritorio, estaba Shallcott, mirándole con expresión de enojo.

—¿Qué significa esta amenaza de embargo, capitán? —preguntó el sujeto coléricamente—. ¿Desde cuándo le debemos nada a usted?

—A mí no me deben ustedes nada —contestó Barnaw con toda calma—. Se lo deben a la Kreiss Line y yo vengo en representación de esta compañía naviera.

Barnaw sacó un papel del interior de su chaqueta y lo tiró encima de la mesa.

—Éste es un poder notarial, por el que se me autoriza a representar a la Kreiss Line en todo lo referente al asunto del hundimiento del *Pacific Star* —continuó—. Desde este momento, señor Shallcott, le emplazo a que pague la indemnización acordada en la póliza de seguros que mi compañía contrató en debida forma con la que usted representa en Sun Harbor.

—No podemos pagar —vociferó Shallcott—. Fue un caso claro de baratería, de hundimiento deliberado del barco, para que lo entienda.

—¿Ah, sí? —dijo el joven, que en ningún momento había perdido la flema—. Muy bien, en tal caso, tendrá que demostrar la existencia de tal delito, cosa que no han hecho hasta el momento. La demanda del pago de indemnización es oficial y usted tendrá que contestar también oficialmente. Si se niega al pago, lo llevaremos a los tribunales, para que pruebe su acusación de baratería. Si no lo consigue, y no lo conseguirá, la Kreiss Line exigirá a su compañía, además de la indemnización del seguro, otra por daños y perjuicios a su imagen comercial, más la demanda que yo presentaré particularmente, por considerarme también afectado por dicha acusación, máxime después de haber sido exculpado por un tribunal marítimo. ¿Qué me contesta usted, señor Shallcott?

El hombre estaba lívido. Era relativamente joven, puesto que no había pasado aún de los cuarenta años, bien parecido y elegantemente vestido. Llevaba reloj de oro, con pulsera del mismo metal, y un par de anillos con diamantes como garbanzos. Otro costoso brillante adornaba el alfiler de oro que sujetaba su corbata.

La camisa, apreció Barnaw, era de seda italiana auténtica, lo mismo que la corbata, y los gemelos eran asimismo de oro. «Sabe gastarse el dinero en indumentaria», pensó.

—¿Y bien, señor Shallcott? —dijo, en vista del silencio del otro.

—Deje ese documento aquí... Me lo pensaré...

—No se lo piense mucho. Tengo abajo dos periodistas que están esperando mis noticias. Les diré que se niega a pagar por una acusación que no puede probar. Esto no traerá precisamente prestigio a su compañía. Allá, en el este, los grandes jefazos empezarán a hacerse preguntas, acerca de un asunto que apenas si conocen. Los grandes jefazos pueden perdonar casi siempre muchas cosas, pero nunca la pérdida de prestigio de la compañía.

Shallcott asintió.

—Pa... pagaremos... —contestó, muy turbado.

—El señor Kreiss aguarda ansiosamente sus noticias —dijo el joven—. Vaya a verle pronto con un cheque por un millón de dólares. El barco valía más, pero ésa es la cifra del seguro y no podemos exigirle una cantidad superior. Pero tampoco pagará un centavo menos. Adiós, señor Shallcott.

Cuando el joven salió, Shallcott no había recuperado el habla todavía. Barnaw se acercó a la bonita secretaria y le dirigió una brillante sonrisa.

—Siento haber fracasado en lo del embargo, señorita —dijo.

—¿Por qué? Yo me siento muy contenta... Tengo un buen empleo...

—Pensaba incluirla a usted entre los enseres a embargar. Para mí, naturalmente.

Ella se echó a reír.

—No se lo diré a mi esposo, descuide —contestó jovialmente.

Barnaw le miró la mano izquierda y movió la cabeza pesarosamente.

—Debe de ser un hombre de todas prendas —calificó.

—Lo es, capitán.

—Entonces, felicítele de mi parte. Adiós, señora...

—Morrow, Clarissa Morrow.

En aquel instante, se oyó una detonación en el despacho contiguo.

Clarissa se puso pálida. Barnaw volvió la cabeza hacia la puerta en la que se hallaba grabado el nombre del ocupante del despacho.

—No se mueva —dijo él—. Voy a ver lo que pasa. Si agito la mano, métase bajo la mesa inmediatamente.

—Sí, sí..., capitán —contestó la joven, muy asustada.

Barnaw se acercó a la puerta del despacho. Hizo girar el picaporte y la abrió rápidamente, echándose a un lado en el acto.

No ocurrió nada. Asomó la cabeza un poco y vio a Shallcott, de bruces sobre la mesa, con una pistola al lado. Estaba situado a la izquierda del sujeto, por lo que no podía ver la herida, aunque sí la sangre que se extendía lentamente sobre la mesa.

—Señora Morrow, será mejor que llame a la policía —dijo Barnaw, pasados unos momentos—. Creo que el señor Shallcott se ha suicidado.

Clarissa lanzó una exclamación de horror. Luego, con mano temblorosa, alzó el teléfono y marcó un número.

Barnaw vio al fondo una cortina que se movía ligeramente. Las ventanas, sin embargo, estaban cerradas. No había motivos para una corriente de aire.

Frunció el ceño. La cortina se aquietó al cabo de unos segundos.

Avanzó cautelosamente, agarró el borde y la apartó de golpe. Respiró profundamente, al ver que no había nadie detrás de la cortina.

Al lado se veía una puerta. Después de abrirla, vio que era la del baño privado de Shallcott. La ventana estaba también cerrada, aunque apreció que daba a la escalera de incendios.

En aquel instante, Barnaw sospechó que no había existido tal suicidio. Sin embargo, no había manera de probar que se trataba de un asesinato.

El homicida, cometido el crimen, había sabido huir rápidamente, sin dejar la menor huella de su paso por el despacho. Pero antes había tenido que llegar allí, dedujo.

«A menos que usara también la escalera de incendios, para no ser visto por el personal de las oficinas», pensó.

Y el tipo, se dijo, debía de haber estado presente durante toda la conversación, aunque oculto a sus ojos. El no lo había visto, pero el asesino a él sí y, sin duda, dedujo, había podido darse cuenta del derrumbamiento psíquico de Shallcott, al recibir la noticia de que su compañía debía pagar la indemnización por la pérdida del *Pacific Star*.

Regresó junto a la mesa. El orificio de la bala estaba en la sien derecha de la víctima. De pronto, Barnaw vio algo que llamó su

atención.

Era un pequeño rectángulo de papel muy suave, amigado, después de que lo hubiera estrujado, arrojándolo luego descuidadamente sobre la mesa. Estaba en el borde, como si hubiesen querido tirarlo a la papelería cercana, fallando el lanzamiento.

Pensativo, cogió el papel y lo alisó, estudiándolo durante unos segundos. Luego lo guardó en uno de los bolsillos.

Entonces se dio cuenta de que Clarissa estaba en el umbral. El rostro de la joven aparecía completamente blanco.

—Ya he avisado a la policía, capitán —anunció.

—Shallcott se suicidó, no hay duda alguna —dijo él.

—Sí, pero..., parecía un hombre tan feliz... No consigo comprender por qué tuvo que poner fin a su existencia...

Barnaw, naturalmente, no quería comunicarle sus sospechas.

—En este mundo, nunca hay felicidad completa —dijo, filósofo.

* * *

—Me siento pasmada —confesó Kena aquella misma noche, mientras cenaban en un discreto restaurante—. No consigo entender por qué Shallcott tuvo que volarse la tapa de los sesos.

—Yo sí lo entiendo —dijo Barnaw.

Y se metió en la boca un buen pedazo de carne, que masticó con verdadero placer. Luego tomó un sorbo de vino.

—Mmmm... Esta carne está riquísima —dijo—. Parece muslo de misionero.

Kena saltó en su asiento.

—¿Ha probado usted el muslo de misionero, capitán?

—No, pero creo que es el bocado preferido de los caníbales. Y esa gente entiende de carne, créame —contestó él de buen humor.

—Carne de ratas de bodega de barco, muslo de misionero... ¿Cuál es su próximo bocado exótico, capitán?

—Filetes de tiburón, alimentado con pescadores de perlas de las islas de los Mares del Sur. Creo que no hay cosa que sepa mejor, se lo aseguro.

—Avísame cuando consiga un par de raciones —dijo ella de buen humor—. Y ahora, hablemos un poco más en serio. ¿Por qué

se suicidó Shallcott?

—Primero, no se suicidó. Lo asesinaron.

Kena volvió a respingar.

—¿Está seguro?

—En un noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento —respondió él, muy serio—. Pero un médico suyo ha hablado de depresión y la policía cerrará el caso sin ocuparse de hacer más investigaciones.

—Sin embargo, usted sostiene la teoría del asesinato. ¿Por qué?

—Bien, en primer lugar, déjeme decirle que Shallcott, muy probablemente, estafó a su propia compañía, quedándose con el millón de dólares que se negó a pagar a la Kreiss Line. Cuando me vaya a la granja, con mis tíos, me llevaré a los abogados de ustedes.

—¿Para qué? —preguntó Kena, que no acababa de salir de su desconcierto.

—Mi tío es muy anticuado y no usa tractor, sino mulas, para tirar del arado. Sustituiré las mulas por abogados.

Kena se echó a reír.

—Puede que les sentase bien una temporada de tirar del arado —dijo—. De modo que Shallcott se había quedado con el dinero...

—Pensó que la cosa le saldría bien, pagando solamente las indemnizaciones por las víctimas humanas. Vivía lujosamente, demasiado, y llevaba un tren de gastos, que no podía soportar con sus ingresos personales. Cuando yo fui a verle, se vio con los dos pies en el aire y nada debajo.

—Y entonces, se pegó un tiro.

—Se lo pegó el tipo que estaba escondido, mientras él y yo hablábamos. Actuó con enorme rapidez, debo admitirlo, pero así acallaba una boca perjudicial. Sin duda, el asesino había tomado también un buen pico de ese millón y no le interesaba que se le pusiera al descubierto.

—¿Lo ha comunicado a la policía?

—No. En primer lugar, no tenía pruebas. Luego..., bien, no me miran con demasiada simpatía desde el desdichado asunto del *Pacific Star* y no quería más complicaciones. Dije sencillamente lo que me había llevado a visitar al difunto, enseñé los documentos que ustedes me habían entregado y eso fue todo.

Kena extendió las manos desatentadamente.

—Ahora no querrán pagamos ese millón...

—¿Por qué no? La compañía responde de las acciones de sus empleados —alegó Barnaw—. Si el empleado de un Banco saquea mi cuenta corriente, el Banco repondrá los fondos indebidamente apropiados. Ahora ya sabemos que la falta de pago de la indemnización fue una trampa de Shallcott. Cuando la compañía envíe sus inspectores y también un nuevo jefe de zona, ustedes volverán a plantear la demanda en los mismos términos que yo lo hice con Shallcott.

Pagarán, no te quepa la menor duda.

—Respiro tranquila, capitán —dijo la muchacha—. Eso nos dejará en una situación mucho mejor que la actual.

—Así lo deseo —contestó él fervientemente.

—¿Ya no nos quiere mal, capitán?

—Usted no tuvo la culpa de lo que me hizo su padre. Mejor dicho, de lo que dejó de hacer en mi favor. Además, recuérdelo; esto servirá también para recobrar mi buen nombre.

—Con lo cual, podría volver a mandar un barco.

—Mandaré solamente un arado y dos mulas.

—¿Habla en serio, Bick?

Barnaw sonrió.

—Ha empleado mi nombre —dijo.

—Creo que ya es hora de empezar a suprimir tratamientos —dijo ella.

—Gracias. ¿Ha cenado bien?

Kena volvió a reír.

—Le prometo solemnemente que no volveré a aceptar otra invitación suya, Bick —contestó—. Usted quiere verme gorda, obesa, con doble papada...

—Lo que yo querría de usted es algo muy distinto, Kena.

—¿De veras? Dígamelo, Bick.

—No. No quiero que me tome por un sujeto obsesionado por... ciertos temas.

—Soy mujer comprensiva —alegó Kena.

—Entonces, figúreselo —sonrió él.

En aquel momento, se acercó un camarero, con un teléfono en la mano.

—¿Capitán Barnaw? Una llamada para usted, señor.

Barnaw agarró el teléfono.

—No he dicho a nadie que venía aquí —se disculpó ante la muchacha—. Barnaw al habla —añadió—. ¿Quién es?

—Betta —contestó la mujer—. Bick, cuidado. Malamud anda buscándote.

El joven se envaró.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Eso no importa ahora. Ten cuidado, repito.

—Betta, tú no tenías por qué saber que yo estaba en el Davenport —exclamó el joven.

—El dueño del Davenport es mi hermano —dijo ella.

Y colgó.

Barnaw dejó el teléfono sobre la horquilla y fijó la vista en la muchacha.

—Me buscan para liquidarme —anunció.

Kena sintió un escalofrío.

—¿No siente miedo, Bick?

—Muchísimo. Pero ya procuraré que el asesino no consiga sus propósitos. ¿Me permite que la acompañe hasta su casa?

—Claro. ¿Qué hará después?

—Contraatacar —contestó él resueltamente.

CAPÍTULO VI

Dejó a Kena en las proximidades de su casa y volvió a su coche. Durante el trayecto se había dado cuenta de que eran seguidos por otro automóvil, pero no había querido decir nada, para no alarmar a la muchacha.

Al atravesar el amplio jardín de la casa en sentido contrario, hacia la salida, vio algo que le hizo concebir una idea. Inclinandose, agarró un enorme pedrusco de un sector del jardín en el que se pretendía tener una zona de apariencia un tanto rústica. Con la piedra en la mano, el brazo pegado al costado, llegó a las inmediaciones de su coche y se dispuso a abrir la portezuela.

Unos faros se encendieron repentinamente a treinta metros de distancia. Rugió un motor.

Barnaw se volvió. El coche perseguidor se había puesto en marcha. Su conductor aceleró brutalmente, pisando a fondo el pedal de gas.

El joven se preparó para el encuentro. Cuando el coche había recorrido la mitad de la distancia, alzó el brazo y lanzó la piedra con toda su fuerza. Inmediatamente, se tiró al suelo.

Se oyó un tremendo estallido, cuando el cristal del parabrisas saltó en miles de diminutos fragmentos. El conductor perdió instantáneamente el control del vehículo, que empezó a zigzaguear con gran violencia.

El hombre que estaba a su lado disparó un par de tiros de pistola, antes de darse cuenta de que estaba perdiendo el tiempo. El coche, sin gobierno, atravesó la calle oblicuamente y fue a estrellarse contra un enorme roble.

Se oyó un estrépito horroroso. Un hombre salió a través del hueco del parabrisas y fue a dar de cabeza contra el tronco del

árbol. El conductor quedó de bruces, con el pecho contra el volante.

Barnaw corrió hacia el vehículo accidentado. Se preguntó si alguno de los dos sujetos sería Malamud. Ya lo sabría más tarde, pensó.

Uno de los dos hampones, el que había salido a través del hueco del parabrisas, estaba muerto en el suelo, después de haber resbalado sobre el arrugado capó del motor. El conductor jadeaba penosamente, arrojando ríos de sangre por la boca.

Barnaw lo sacó del coche y lo dejó tendido sobre la acera. Vio la piedra en el fondo del coche y la tiró a un lado. No podrían relacionarle con el accidente. Ahora era un viandante compasivo que acudía a socorrer a las víctimas de un accidente. Resultaría más tarde que eran unos matones, pero ¿quién iba a sospechar una cosa así...?

Fuese quien fuese el que había enviado a la pareja de asesinos contra él aquella noche, se iba a llevar un buen disgusto cuando conociera la noticia.

* * *

Betta le sirvió una copa. Barnaw estaba en pie, apoyado con un codo en la consola, al lado de la radio encendida.

Un locutor emitió de pronto un bloque de noticias. Momentos después, Barnaw se enteraba de los nombres de los dos individuos que le habían atacado menos de una hora antes.

El pistolero había muerto instantáneamente. El conductor del coche estaba gravemente herido. La policía no sabía a qué atribuir la rotura del parabrisas, motivo por el cual el coche había perdido la dirección, para ir a estrellarse contra el árbol.

—No era Malamud —dijo Barnaw, a la vez que se ponía un cigarrillo en la boca.

Betta se lo encendió.

—Quizá creyeron que la cosa era fácil —apuntó.

—A ti te lo dijo alguien. ¿Puedo conocer su nombre?

—No te serviría de nada. En este lugar, se conocen secretos de los que no tienes la menor idea. Normalmente, los almaceno en mi memoria y no los divulgo, a menos que sean de suma importancia.

—Como el ataque de que he sido objeto esta noche.

—Me has caído simpático —sonrió la mujer.

—Gracias. ¿Por qué no lo hizo Malamud?

—Suele encargarse de empresas de mayor importancia.

—Tal vez yo no tenía importancia para ellos.

—Ahora sí la tendrás. Cuídate mucho, Bick.

—Es lo que pienso hacer. Betta, ¿crees que fue Malamud el que asesinó a Beach?

—Pudiera ser, aunque no lo creo.

—¿Por qué?

—Normalmente, Malamud emplea métodos más refinados. Pistola con silenciador, un cable de acero en el cuello y en un callejón oscuro... Se dice que una vez asesinó a un tipo en una calle céntrica, llena de gente, y no lo advirtió nadie.

—¡Caramba! —Se espantó el joven—. ¿Cómo lo hizo?

—Un punzón de acero, oculto bajo la manga. Simuló darle una palmada en la espalda, pero, en realidad, le pinchó en el corazón. El otro murió un minuto más tarde. Para entonces, Malamud estaba ya a treinta pasos de distancia, confundido con el resto de los viandantes. También emplea otro método.

—¿Cuál, Betta?

—Un cable conductor, empalmado a la cañería del baño. El tipo queda frito apenas se mete en la bañera.

—Diablos... —Barnaw hizo una mueca—. No tiene un procedimiento fijo, ¿eh?

—No, y eso es lo que lo convierte en un individuo realmente peligroso.

—¿Al servicio de...?

—Tuddock, es del dominio público. Pero nadie ha podido probarle jamás ni siquiera el robo de un caramelo a un chico de cuatro años.

—Será cosa de tenerlo en cuenta y no olvidarlo en ningún momento. Gracias, hermosa.

Barnaw se dispuso a abandonar la estancia. Betta arqueó las cejas.

—¿No te quedas?

El joven se volvió desde la puerta y sonrió.

—En estos momentos, estoy como un témpano —contestó.

—Procura reaccionar pronto —dijo ella con cálida sonrisa.

Barnaw regresó a su casa, lleno de aprensiones. Tarde o temprano, tendría que encontrarse con Malamud, una perspectiva que no le gustaba en absoluto. Se preguntó si no debía tomar la iniciativa, para evitar las acciones de un tipo que, además de no sentir el menor aprecio por la vida de los demás, era tan astuto como un zorro.

Tendría que pensarlo muy detenidamente y sopesar con todo cuidado los pros y los contras, decidió finalmente, al poner la cabeza sobre la almohada.

* * *

Con el corazón rebosante de cólera, contempló la lujosa casa, rodeada de bien cuidado césped y con una piscina en la parte posterior. Era evidente que el dueño había sabido aprovechar bien la ocasión surgida un año antes.

Pasados unos minutos, un hombre salió de la casa, puso en marcha una cortadora de césped y empezó a recorrer el jardín. Barnaw resolvió hablar con el que un año atrás era su primer oficial en el *Pacific Star*.

Saltó del coche, cruzó la avenida y remontó la suave pendiente que había hasta la casa. El dueño, ocupado en su tarea, no se dio cuenta de que tenía una visita, hasta que una mano le tocó en el hombro.

—Pare ese chisme, Harry —dijo el joven.

Welt se volvió. Una expresión de sorpresa apareció inmediatamente en su rostro.

—¡Capitán! —exclamó.

Cortó el contacto y el petardeo del motor de la cortadora de césped se extinguió en el acto. Welt sonrió anchamente.

—Venga por aquí, capitán; le prepararé una copa... Bueno, se la preparará mi... Es una chica muy guapa, ya lo verá...

Welt echó a andar, dio la vuelta a la casa y llegó a una ancha terraza, en la que había una rubia de formas opulentas, tomando el sol junto a la piscina, completamente desnuda.

—Tápate algo, Ginny —dijo Welt—. Tengo una visita.

La rubia lanzó un grito de sorpresa y se cubrió rápidamente con una toalla.

—Podías haber avisado, Harry —se quejó.

—Es una visita imprevista —dijo Welt—. Ginny, te presento a Bick Barnaw. Era mi capitán en el último barco en que estuve. Capitán, ella es Ginny.

—Hola —saludó la rubia.

—¿Qué tal? —dijo Barnaw, impasible.

Ginny agarró su bata de felpa, metió los pies en algo que parecía unos enormes zuecos de madera y se marchó, taconeando sonoramente. Los dos hombres se quedaron a solas.

—¿Y bien, capitán? ¿En qué puedo servirle? —preguntó Welt, mientras se acercaba a la mesita de los licores.

—Tiene usted una casa muy bonita. Y bien «adornada» —dijo el joven con sorna.

—A todos nos gusta la buena vida, capitán —dijo el otro, sonriendo forzosamente.

—¿A quién no? Pero esto ha debido de costarle una fortuna, Harry.

Welt hizo un gesto de desdén.

—Era una buena ocasión y tenía algunos ahorros. Tome, capitán.

Barnaw aceptó el vaso que le tendían, pero no hizo el menor gesto para probar su contenido.

—Si mal no recuerdo, antes del naufragio, andaba usted en dificultades para pagar las letras de su coche —dijo tranquilamente.

—Es cierto —admitió Welt sin inmutarse—. Pero las cosas cambiaron poco después. Tenía una tía en Texas y me dejó unos cientos de miles. Decidí que una temporada de buena vida me sentaría bien. La casa me costó cara, pero es una excelente inversión.

—Ya. No ha vuelto a navegar desde entonces.

—No quiero poner más los pies en la cubierta de ningún barco, capitán.

—¿Trabaja ahora, Harry?

Welt dudó un instante.

—Sí —dijo al cabo.

—¿Le importa decirme cuál es su empleo actual?

—Trabajo en la oficina del personal del sindicato, ya sabe, el lugar donde los marineros van a buscar un barco que les convenga... Yo les ayudo a contratarse y cosas por el estilo...

—Comprendo. Harry, ¿sabe que no creo en la historia de su tía de Texas?

Welt sonrió.

—A muchos les pasa lo mismo, pero le aseguro que es verdad —respondió.

—En tal caso, es usted un tipo afortunado. Eso habrá disipado las sospechas que recaían sobre usted.

—¿Sospechas?

—Sí. Se dice que usted averió el radar y puso junto al compás un trozo de hierro imantado. Pero no son más que habladurías de la gente.

—Hay muchos envidiosos en este mundo, capitán —dijo Welt—. No pueden soportar la idea de ver a una persona afortunada.

—Eso es muy cierto también. Harry, dígame, ¿duerme bien por las noches?

Welt pareció sorprenderse de la pregunta y respingó.

—Como un tronco —repuso.

—Naturalmente, después de los escarceos con Ginny, ¿eh?

Welt lanzó una risita.

—Es muy ardiente y me quiere mucho —dijo.

—No me cabe la menor duda. Entonces, si duerme bien, es que es inocente.

—¿Acaso lo había dudado?

—Pues..., sí, pero tendrá que perdonarme por sospechar de usted. Ya sabe, ando reuniendo pruebas de mi inocencia.

Me exculparon, pero no dijeron claramente que era inocente.

—Usted no tuvo la culpa de lo que pasó, capitán —aseguró Welt.

—Gracias por pensar así de mí. Bueno, ya me marchó... Ah, dispense un instante, Harry.

Barnaw dejó el vaso sobre la mesa. Había una caja de pañuelos de papel y sacó uno, que puso en las manos de su antiguo segundo.

—Tome, Harry; tiene la frente cubierta de sudor.

Welt estaba muy pálido. Barnaw adivinó la tensión interior a que estaba sometido.

—Salude a Ginny en mi nombre —se despidió.

—Sí, capitán...

Barnaw se marchó. Estaba seguro de que, tras la primera sorpresa, Welt se había preparado para una escena violenta. Su

calma y su aceptación de las excusas, no sólo le habían desconcertado, sino que le habían llenado de preocupaciones.

Indudablemente Welt hubiera preferido una discusión a grito pelado, una sarta de insultos, incluso un intercambio de golpes. En cierto modo, le habría tranquilizado, pero ahora, sospechaba, se sentía mucho peor.

«Daré un paso en falso», se dijo.

Regresó a su casa. Quería hablar con su antiguo contramaestre por teléfono, pero prefería hacerlo con comodidad, desde su propio teléfono, sin prisas. Cuando llegaba a la casa, vio a Kena que salía del edificio.

CAPÍTULO VII

Ella se detuvo al verle. Barnaw cruzó la acera.

—¿Me buscaba? —preguntó.

—Estuve llamándole toda la mañana. En vista de que no me contestaba, decidí venir a verle personalmente.

—Lo siento, he estado ocupado. ¿Quiere subir a mi apartamento o prefiere que tomemos algo en otro sitio?

—Aceptaré una taza de café en su apartamento —sonrió.

—Aceptaré una taza de café en su apartamento —sonrió ella.

—¿No tiene miedo de mí?

—Mucho, pero lo disimulo, Bick.

—Es usted una chica estupenda. Lamento no haberla conocido mucho antes.

—Nunca fue por mi casa, como hacían otros capitanes.

—Detesto las formalidades sociales. Además, ya veía a su padre en las oficinas de la compañía.

—Entonces, no se lamente de no haberme conocido antes...

—Sí, porque ahora sería el yerno del patrón —contestó él con todo desparpajo.

—Estoy prometida, Bick.

El joven se volvió lentamente.

—Mataré a su prometido —aseguró.

—¡Qué miedo! —rió ella.

—No. Mejor que eso: lo buscaré y haré que se emborrache. Luego lo enrolaré en el barco de un amigo mío que hace la ruta del extremo Oriente. Lo despedirán en algún puerto lejano, Hong Kong, Singapur... y no volverá a verlo.

—Me vestiré de luto y le guardaré la ausencia eternamente.

—Es usted tan embustera como bonita. ¿Por qué no le ha dado

ya un par de nietos al señor Kreiss?

—Todavía no ha llegado la hora, Bick.

—Es decir, no ha encontrado al esposo adecuado.

—Usted, ¿qué cree?

Mientras hablaban, subían en el ascensor hasta el cuarto piso, donde Barnaw tenía su apartamento. Salieron el corredor y caminaron unos cuantos metros.

—¿Puedo saber dónde ha estado, Bick? —preguntó ella.

—Metiendo el miedo en el cuerpo a un tipo que heredó una fortuna, de una tía que no tenía en Texas ni en ninguna parte —respondió él.

—No entiendo...

—Es lo que ese sujeto dice para justificar el lujo en que se desenvuelve actualmente. La verdad, aunque no pueda probarlo, es que se ganó el dinero hundiendo el *Pacific Star*.

—¿Cómo lo hizo, Bick?

—Averió el radar, que quedó fuera de servicio. Luego puso un trozo de hierro imantado junto a la brújula. Cuando avistamos la costa, ya teníamos la roda del barco en las rompientes.

—¿Está seguro?

—No puedo probarlo, porque el barco se hundió, pero tuvo que hacerlo así. Naturalmente, esperó la ocasión propicia; una noche con temporal y una niebla que no dejaba ver a cuatro pasos de distancia.

Ya habían llegado a la puerta del apartamento. Kena fue a decir algo, pero se calló al ver a Barnaw ponerse en cuclillas frente a la cerradura.

—¿Qué está haciendo, Bick? —preguntó ella, muy intrigada.

El joven tardó unos segundos en contestar. Luego dijo:

—Alguien ha estado en mi casa, Kena.

—¿Cómo puede saberlo? —se asombró la muchacha.

—Puse un cabello delante del orificio de la cerradura, sujeto con dos gotitas de agua azucarada muy densamente, que hicieron el efecto de goma. El intruso no lo vio y empujó con su llave falsa el pelo. Puede que utilizase una ganzúa, pero es lo mismo. Lo más seguro es que me haya preparado una trampa para quitarme de en medio.

Kena lanzó una exclamación de sorpresa.

—Si hay una trampa... ¿podrá desmontarla?

—Ahora lo veremos. ¡Sepárese de la puerta!

La voz del joven sonaba estridentemente. Kena obedeció sin rechistar.

* * *

Con la respiración en suspenso, Kena vio a Barnaw abrir la puerta muy despacio. El borde se separó de la jamba cosa de un centímetro. De pronto, Barnaw lanzó una exclamación.

—¡Ah, ahí está la trampa!

—¿Puedo verla?

—Acérquese.

Ella dio un par de pasos. Barnaw señaló el fino hilo metálico que se había puesto en tensión al entreabrir la puerta.

—¿Qué puede pasar si termina de abrir, Bick? —quiso saber.

—Ahora lo sabremos.

Barnaw sacó de su bolsillo una navaja con diversos adminículos y eligió unas tijeras cortas y fuertes. Introdujo lentamente el artefacto y cortó el hilo, que cayó al suelo ondeando ligeramente.

—Bueno, ya está —dijo.

Abrió por completo. Frente a la puerta, sujeta al suelo con cinta adhesiva, se veía una cosa negra, ovoidal, con cuadrados muy pequeños en toda su superficie.

—¿Qué es eso, Bick?

—Una bomba de mano.

Kena lanzó un grito de susto.

—Si hubiera abierto de golpe —continuó él—, el cable metálico se habría tensado, arrancando así el seguro de la bomba. Cuando hubiese querido darme cuenta, estaría volando por los aires en pedazos.

—Dios mío... No puedo creer que haya gente con tan perversos sentimientos...

—No, ¿eh, Oiga?, ¿qué cree que pasó con el *Pacific Star*? ¿Fue un juego de chiquillos?

Barnaw se acercó a la bomba y la examinó unos momentos. La anilla estaba en su sitio, pero el tirón del cable la habría arrancado sin dificultad, liberando así el mecanismo de ignición.

Quitó las tiras de tela adhesiva y cogió la granada, haciéndola saltar en la palma de la mano. Kena le contemplaba con ojos llenos de miedo y admiración al mismo tiempo.

De repente, sonó el teléfono.

Kena se sobresaltó. Barnaw se acercó al aparato y lo levantó.

—Diga...

—¿Capitán Barnaw? —Oyó una voz desconocida.

—Sí, yo mismo. ¿Quién es?

—Usted no me conoce, pero le diré una cosa. La bomba no tenía espoleta. Ha sido sólo un aviso. Y ya se imagina por qué se lo digo.

—¿Es usted Malamud?

—Abandone el asunto del *Pacific Star*, es todo lo que debe saber.

Sonó un «click». Barnaw dejó el teléfono en su sitio y se volvió hacia la muchacha.

—Dice que sólo fue una advertencia. La bomba no tiene espoleta.

—¿Es el asesino?

—Supongo que sí...

Bruscamente, Barnaw echó a correr hacia la ventana y levantó el bastidor, para mirar hacia la calle. Junto a la acera se veía un coche estacionado. Un hombre llegó a poco, caminando con aire natural y se acercó al vehículo.

El sujeto levantó la cara un instante para mirar al cuarto piso. En el mismo instante, Barnaw disparó su brazo derecho.

La bomba voló por los aires y alcanzó al sujeto en pleno pecho, tirándolo hacia atrás. La espalda del individuo chocó contra el automóvil, mientras la granada rodaba por el suelo.

—Ahí tienes mi respuesta, hijo de mala madre —barbotó el joven.

El hombre se recuperó, montó en el coche y escapó velozmente. Barnaw bajó el bastidor y se volvió hacia la muchacha.

—Vamos a hacer café —dijo, con voz más calmada.

—¿Por qué le ha tirado la bomba? —preguntó Kena.

—Era suya, ¿no?

Fueron a la cocina. Barnaw puso la cafetera al fuego.

—Malamud ha cometido un grave error —dijo.

—¿Sí?

—Cuando recibí su llamada, supe que había estado espiándome

desde la calle. No podía hallarse muy lejos, porque yo pensaba en esos momentos que estaba aguardando la explosión de la bomba. Hay una cabina en la esquina próxima y fue allí para decirme que la granada no tenía la espoleta. El coche me resultó desconocido y supuse que volvería luego a buscarlo. Malamud no pudo contener un gesto instintivo: mirar hacia arriba. Entonces, dejó ver su cara. Ése ha sido su error. Ahora le conozco.

—Comprendo. Pero ¿qué piensa hacer ahora?

—Kena, si mal no recuerdo, usted había venido a verme para decirme alguna cosa. ¿De qué se trata?

—Papá ha despedido a Urdo.

—No sé quién es ese fulano —dijo él.

—El nombre completo es Grayson K. Urdo y es el abogado al que usted quería enganchar a un arado —sonrió Kena.

—Eran más, creo...

—Sí, pero Urdo fue el que se ocupó del asunto del *Pacific Star*.

—Habría que decir mejor que no se ocupó en absoluto, ¿no le parece?

—Papá está completamente de acuerdo con usted, Bick.

—Y la hija de papá, ¿qué dice?

—Está de acuerdo con papá y con usted.

Barnaw miró a la muchacha, sonrió y meneó la cabeza.

—Viéndola a usted, empiezo a sentir simpatía por el señor Kreiss y su esposa.

—No los conoce —dijo Kena.

—Deberían darles el premio Nobel del arte.

—Ese premio no existe, Bick.

—Pues que lo inventen. Se lo llevarían por haber creado la obra de arte que es usted.

Kena enrojeció vivamente.

—Sabe usted hablar a las mujeres —sonrió.

—Pero no soy artista —se lamentó él.

—¿Le gustaría serlo?

—Sí. Compraría un bloque de mármol de Carrara y la pediría que posara para mí.

—¿Qué postura me haría adoptar para la estatua?

—Lo dejo a su elección..., siempre que se la figure sin ropa.

—Es usted incorregible, Bick. Pero creo que deberíamos hablar

de otra cosa. ¿Cuáles son sus planes más inmediatos?

La sonrisa de Barnaw desapareció en el acto y fue sustituida por una expresión ceñuda, que casi hizo sentir miedo a Kena.

—Tengo que hablar con mi antiguo contraamaestre —dijo—. Necesito que me ayude.

—¿Para qué, Bick?

—Deseo tender una trampa a Malamud, para obligarle a hablar.

—¿Cree que lo conseguirá?

—Espero que sí.

El agua hervía ya. Barnaw volvió a adoptar de nuevo su tono jovial y desenvuelto.

—¿Le gustaría unas gotas de coñac en el café? —consultó.

—Después de lo de la bombita, sí, siento que necesito un buen reconfortante —contestó la muchacha.

Era una noche cerrada cuando Barnaw salió de su apartamento y se dispuso a tomar su coche. Abrió la portezuela y vio una silueta en el asiento delantero.

—¿Aguarda aquí el autobús, Kena?

Los dientes de la joven brillaron en la oscuridad.

—No quiero perderme el espectáculo, Bick.

—Puede resultar peligroso, Kena.

—Lo sé, pero no podría quedarme en casa, mano sobre mano, con los nervios como cuerdas de violín... Me comprende, ¿verdad?

Barnaw ocupó su puesto tras el volante.

—A veces, la espera resulta mucho más enervante que la misma acción —dijo—. Te dejo venir, pero con una condición.

—Sí, Bick —contestó ella, sin protestar por la familiaridad con que la trataba el joven.

—No hagas nada por propia iniciativa, no muevas una sola pestaña sin mi permiso. Vamos a enfrentarnos con un tipo sin conciencia y el asunto puede resultar muy peligroso. Seguramente, habrá violencia. No me hagas reproches después, ¿has entendido?

—¿Crees necesaria la violencia?

—Murieron cuatro hombres, Kena.

Ella guardó silencio, comprendiendo las razones del joven. Un hombre decente y leal, Fulton Beach, había sido asesinado. La propia vida de Barnaw estaba en peligro.

—Fiaré lo que tú me digas, Bick —respondió por fin.

El coche rodó sin prisas hacia los muelles. Un cuarto de hora más tarde, Barnaw hizo unas señales con los faros.

Un hombre se destacó de la oscuridad. Barnaw detuvo el automóvil.

—El está ahí, capitán —informó Grubber.

—Una buena noticia. ¿Sabe cuál es su coche?

Grubber lo señaló con la mano. Barnaw se apeó.

—La señorita Kreiss viene conmigo. Llévela al lugar acordado. Kena —se volvió hacia el coche—, no salgas de aquí, pase lo que pase.

—Está bien, Bick.

Grubber subió al automóvil y arrancó en el acto. Barnaw esperó unos momentos; luego se acercó al coche de Malamud y tanteó las cerraduras.

Sonrió en la penumbra.

—Eres demasiado confiado, amiguito —dijo, mientras abría la portezuela.

Sentado en el asiento posterior, aguardó, con la vista fija en el rótulo luminoso que había a diez pasos de distancia.

Malamud estaba en la taberna de Betta. Tarde o temprano, acabaría por salir. No iba a pasarse allí la noche entera.

CAPÍTULO VIII

El hombre salió a la calle y aspiró a pleno pulmón el aire húmedo y salobre del exterior. Desde su puesto de observación, Barnaw apreció que Malamud parecía muy satisfecho de la existencia.

«Es un hombre feliz. Los hombres felices o tienen la conciencia tranquila o es que no la tienen», filosofó.

Malamud hizo unas cuantas inspiraciones y luego se encaminó hacia su coche. Abrió la portezuela, se sentó tras el volante y puso la llave de contacto en su sitio.

El motor arrancó de inmediato. Entonces sintió en el cuello el contacto de un tubo duro y frío.

—Dingus, sigue por donde te indique, si quieres vivir —dijo Barnaw a media voz.

El pistolero sufrió un violento estremecimiento.

—¿Capitán Barnaw?

—Yo mismo. Dingus, un solo movimiento sospechoso y te saco los sesos por el parabrisas. Cuidado, las manos sobre el volante; el coche tiene cambio automático y no necesitas manejar ninguna palanca.

—Está bien. ¿Adónde vamos? —preguntó Malamud, con evidente resignación.

—Dirige el coche al muelle sudoeste...

—Está abandonado —respingó el pistolero.

—Por eso mismo —rió Barnaw.

Malamud dijo algo entre dientes. Barnaw se adelantó un poco, tanteó con la mano izquierda y encontró un revólver de cañón corto en una funda sobaquera.

—Bueno —dijo complacientemente—, ahora ya tengo un arma de veras.

Amartilló el percutor. Malamud lanzó una obscena imprecación.

—Me amenazó con una pluma —dijo.

—No. Era una boquilla de fumador.

Malamud volvió a maldecir. Barnaw le dejó hablar, aunque vigilándolo en todo momento. Una vez, el pistolero intentó desviarse, pero Barnaw le dio un golpe en la oreja con el cañón del arma.

—He dicho al muelle sudoeste —insistió—. Dingus, tienes una oportunidad de sobrevivir. No la desperdicies.

Malamud calló. Ya no dijo nada, hasta que llegaron al lugar indicado, casi completamente a oscuras y totalmente desierto a aquellas horas.

Un hombre salió al encuentro del coche.

—¿Capitán? —dijo Grubber.

—Traigo el tiburón —contestó Barnaw—. Dingus, salga fuera, con las manos sobre la cabeza. Repito que puede volver vivo a su casa, pero eso depende de usted exclusivamente.

El pistolero no contestó. Puso los pies en el suelo y Grubber se le arrojó encima. Antes de que pudiera decir algo, ya tenía las manos atadas a la espalda.

—Todo preparado, capitán —informó Grubber.

—Muy bien, vamos allá, Hank —dijo el joven.

Agarró a Malamud por un brazo y lo condujo hasta el borde del muelle, en donde se veía una pequeña pluma de carga, manual, en desuso desde hacía mucho tiempo. Al pie del mástil había una cosa de forma aproximadamente cúbica y una cuerda.

Grubber se inclinó y ató la cosa a los tobillos del pistolero. Luego pasó otra sogá por debajo de sus sobacos, comprobó los nudos y se situó junto a la manivela que accionaba el mecanismo de la grúa.

—Listos, capitán.

—Muy bien, arriba con él —ordenó Barnaw.

Malamud recobró el habla en aquel instante.

—¿Qué diablos pretenden hacer conmigo? —exclamó coléricamente.

—Vamos a soltarte la lengua, Dingus —respondió el joven.

—No hablaré...

—Ya lo veremos.

Grubber hizo girar el tambor y la cuerda se enrolló, izando a Malamud a un palmo del suelo. Entonces, Barnaw empujó la pluma hasta dejar su extremo fuera del muelle.

Los pies de Malamud, de los que pendía el lastre, quedaron suspendidos en el vado.

—¡Abajo, Hank!

—Con muchísimo gusto, capitán.

* * *

Desde el coche, Kena contemplaba la escena como si se tratase de algo irreal. Le parecía estar viendo algo que no era posible, pero la razón le decía que no soñaba. Vio a Malamud quedar suspendido en el aire y luego descender hasta desaparecer por completo bajo la superficie de las aguas.

Impasible, Barnaw contó treinta segundos en su reloj. Luego hizo una señal y Grubber movió la manivela en sentido contrario.

Malamud ascendió hasta el nivel del muelle, tosiendo y escupiendo agua salada y grasienta, con las ropas completamente empapadas. Barnaw se acercó unos pasos y le miró fijamente, sujetándolo con una mano para evitar que continuase dando vueltas sobre sí mismo.

—Dingus, esto es algo nuevo para ti —dijo fríamente—. Siempre fuiste el que estaba al otro lado, pero ahora te ha tocado el turno de la mala suerte. Te he dicho, y vuelvo a repetirlo una vez más, que tienes una oportunidad, pero que depende de ti exclusivamente. Has permanecido bajo el agua treinta segundos exactamente. Ahora bajarás y estarás tres cuartos de minuto. Si, a pesar de todo, insistes en callar, la próxima inmersión durará un minuto y así hasta que despegues la lengua. ¿Entendido?

Barnaw no le dio ocasión de contestar. Retrocedió un paso y movió la mano.

—¡Abajo otra vez, Hank!

—¡Sí, señor!

Kena lo había oído todo y entendió que Barnaw pretendía desmoralizar al pistolero. Mentalmente, contó hasta cuarenta y cinco y entonces vio a Malamud que ascendía de nuevo a la superficie.

Malamud lanzó un gemido de terror.

—Hablaré..., pero no me remoje más... Capitán, por lo que más quiera... Es algo horrible estar ahí abajo, sin poder respirar...

—Eso mismo debió decirse Bill Phillips cuando lo tiraste al agua con los pies metidos en un barreño lleno de cemento. ¿No es así, Hank?

—Sí, se cree que lo hizo él —contestó al contraamaestre.

—Muy bien, Dingus, empieza el discurso.

—Déjeme salir al muelle... Me duelen los sobacos... —se quejó el pistolero.

—¡Hank, abajo con él!

—¡No, no! —chilló Malamud, presa del más vivo terror—. Hablaré, capitán..., pero no sé gran cosa...

—Embustero —le apostrofó el joven—. ¿Quién mató a Beach? ¿Lo hiciste tú?

—No... Fue Alvah Kertig...

—¿Lo conoce usted, Hank? —preguntó Barnaw.

—Tengo una vaga idea —contestó el interpelado—. No estoy muy seguro, pero mañana me informaré.

—Está bien, continuemos. Dingus, ¿sabe si se llevaron algún libro de la oficina de Beach?

Malamud calló. Barnaw apretó las mandíbulas.

—Te estoy dando una oportunidad de sobrevivir —agregó furiosamente—. Contesta en el acto y ten en cuenta una cosa: la próxima pregunta que cierres la boca, te mandaré abajo y ya no subirás a la superficie. Esto no es cosa de broma, Dingus de todos los diablos. ¡O hablas o te ahogo! ¡Elige!

—Sí, creo que se llevó un libro..., pero no sé más —contestó el asesino precipitadamente—. Habría que preguntarle a él...

—¿Y por qué no te encargaron a ti del asesinato de Beach? —se extrañó el joven.

—Yo estaba fuera de Sun Harbor, no sé más.

—¿Quién ordenó la muerte de Beach?

Malamud vaciló un instante.

—Tuddock —respondió al fin de mala gana—. Es decir, supongo que fue él, porque yo no estaba delante cuando... Usted me entiende, ¿no?

—Demasiado —dijo Barnaw ceñudamente—. ¿Y Dillson?

Malamud guardó silencio. Grubber dijo:

—Fue él, capitán.

—A Dillson le cortaron el cuello. ¿También le gusta a este canalla utilizar el cuchillo?

—Eso parece —respondió el contramaestre.

—¿Por qué tuviste que matar a Dillson? —inquirió Barnaw.

—El me lo ordenó... —dijo Malamud lastimosamente.

—¿Tuddock?

—Sí...

—¿Te dio algún motivo?

—No..., no me dijo nada...

—Vamos, vamos, Dingus, no nos tomes por tontos. Tú perteneces al círculo de íntimos de Tuddock. No das un solo paso, sin saber por qué tienes que mover el pie hacia adelante. Suelta la lengua, hombre.

Malamud estaba ya completamente derrotado.

—Creo que era algo..., sobre un libro «arreglado»... No lo sé muy bien.

—¿Sabes dónde está ese libro?

—No, señor —contestó el pistolero, sollozando abyectamente—. Suélteme por lo que más quiera... Me marcharé de Sun Harbor, lo juro, y no volveré más por aquí...

—Dingus, no te voy a soltar y quedarás ahí colgado, hasta que llegue un alma compasiva y te descuelgue. Este muelle está abandonado y pueden pasar días antes de que venga nadie por aquí. Pero cuando pongas los pies en el suelo, sí, lárgate de Sun Harbor y no pares hasta llegar a la costa este.

Barnaw dio media vuelta y agitó una mano. Grubber ajustó el retén del tambor al que se enrollaba la cuerda y siguió al joven.

Los dos hombres entraron en el coche. Barnaw arrancó de inmediato.

—No te habrá gustado lo que has visto, Kena —dijo, pasado un buen rato.

—No, no me ha gustado, pero entiendo que era necesario.

—¿Has oído algo?

—Todo, sin perderme una palabra. ¿Avisarás a la policía?

—¿De qué serviría? —contestó el joven amargamente—. Malamud lo negaría todo y no digamos Tuddock. Realmente, no

existen pruebas contra ellos... aunque sí me gustaría rescatar el libro que se llevó Kertig de la oficina de Beach.

—Tuddock lo tendrá muy bien escondido —apuntó la muchacha.

—Quizá nos lo diga Kertig. Mañana veremos si es posible dar con ese tipo —dijo Barnaw.

—Yo me ocuparé de ello, capitán —manifestó Grubber—. Oiga —añadió riendo—, ¿sabe que, a última hora, Malamud casi daba pena?

—Está vivo y hay más de uno que no puede decir lo mismo —repuso Barnaw ceñudamente.

* * *

Durante unos minutos, Malamud forcejeó tenazmente para soltarse las ligaduras que le mantenían en aquella incómoda situación. Al cabo de un rato, se dio cuenta que no podría conseguir nada y dejó de moverse.

Miró hacia abajo. Las aguas negras, aceitosas, brillaban a unos cinco o seis metros de distancia. De la superficie al fondo había unos cuatro o cinco metros más. Si pudiera hacer girar la pluma...

Pero todo resultó inútil. Tenía que aguardar a un alma compasiva que pasara por allí y lo descolgase...

De pronto, oyó pasos en las inmediaciones y lanzó un grito:

—¡Eh, venga! ¡Oiga, por favor, ayúdeme!

Alguien surgió de las tinieblas próximas y se acercó al borde del muelle: El sujeto alargó el cuello y estudió la faz del hombre que pendía de la cuerda y que tenía un peso sujeto a los pies.

De pronto, se echó a reír.

—Esto no es cosa de broma, idiota —rugió Malamud—. Suélteme, por todos los diablos...

El hombre sacó una botella de su bolsillo y bebió a morro un buen trago. Luego eructó ruidosamente.

Rió de nuevo. Malamud se sentía terriblemente furioso.

—¿Es que se ha vuelto loco? —dijo—. ¿No ve cómo estoy? Haga girar la pluma, estúpido...

El hombre volvió a beber. La botella quedó vacía y se la arrojó al pistolero. Malamud lanzó un grito de dolor al sentir el impacto en

una rodilla.

—Nunca me... me hubiese imaginado una cosa semejante... —dijo el beodo—. Miren por donde he tenido toda la suerte del mundo... Dingus, hijo de perra, asqueroso asesino, ¿no me conoces?

Malamud frunció el ceño.

—Su cara me parece conocida...

—Me llamo Phillips..., Bill era mi hermano, sí, el mismo al que metiste los pies en un barreño de cemento... Oh, Dios mío, cuando lo cuente mañana entre los amigos, no se lo van a creer...

Las lágrimas de alegría rodaban por las velludas mejillas del borracho. Tambaleándose, con paso inseguro, Phillips se acercó al pie de la grúa y buscó a tientas el retén del tambor al cual se enrollaba la soga.

Malamud adivinó sus intenciones y lanzó un chillido de terror.

—No, no lo haga... Tengo dinero... Le daré todo lo que me pida..., pero descuélgueme...

—¡Al infierno! —contestó Phillips.

Y soltó el retén.

Malamud emitió un horrendo alarido al sentirse precipitado en el vacío. Fue un grito muy corto, porque las aguas se cerraron casi instantáneamente sobre su cabeza.

Riendo estúpidamente, Phillips se alejó de aquel lugar con paso nada firme. Sí, se iba a divertir mucho cuando lo contara a sus amigos. No sabía quién había gastado aquella jugarreta a Malamud, pero fuese quien fuese, se merecía una medalla, pensó, con la mente todavía sumida en los vapores alcohólicos.

Las aguas se aquietaron al poco rato de haber sido alteradas por el choque del cuerpo de Malamud y recobraron su aspecto liso y casi sin ondulaciones antes de un minuto.

De repente, aquella tranquilidad se rompió. Varias burbujas de aire subieron y se rompieron con sordo estruendo en la superficie. El aflujo de burbujas cesó, se produjo de nuevo, aunque con menor intensidad, y luego las aguas, una vez más, volvieron a recobrar su tersura.

CAPÍTULO IX

—He estado hablando con mi padre —dijo Kena a la mañana siguiente, cuando se dirigían a almorzar.

—¿Qué dice papá Kreiss?

—Hemos comentado el asunto del libro supuestamente cambiado. Yo no acababa de comprender cómo Beach no se dio cuenta del cambio, pero resulta que se hizo después del asesinato.

—A ver, explícate —pidió Barnaw.

—Dillson llevaba los libros, bajo la supervisión personal de Beach. No se produjo falsificación de letra, sino alteración de asientos.

—Entiendo. Sigue, es muy interesante.

—Beach se dio cuenta de que Dillson manipulaba el libro de caja. Por eso estaba en la oficina más tarde de lo corriente, comprobando asiento por asiento y cifra por cifra. Debió de encontrar la trampa y, seguramente, Dillson se había dado cuenta de que iba a ser descubierto. Parece que preparó otro libro para que no se notasen esas trampas, ¿vas comprendiendo? Un libro completamente normal, en el que aparecen asientos que indican lo que podríamos llamar la decadencia de la Kreiss Line. De ahí la falta de fondos en la cuenta del Banco.

—Comprendo. ¿Qué más?

—El resto es sencillo, Bick —dijo Kena—. Dillson preparó un libro «normal» y lo entregó a alguien, que luego resultó ser el asesino de Beach. El asesino mató a nuestro contable y se llevó el libro donde estaban las trampas, dejando a cambio el libro «arreglado».

—Y ese libro está, ahora, en... ¿Dónde, Kena?

Ella hizo un gesto con las dos manos.

—No tengo la menor idea —contestó.

Ya habían llegado al restaurante. Buscaron una mesa y Barnaw encargó el menú. Luego dijo:

—Es muy probable que ese libro esté en poder de Tuddock.

—¿En el sindicato?

—Sí, Kena.

—Pero no tendría sentido, Bick —alegó la joven—. Tendría que haberlo destruido para evitar comprometerse, si se lo encontraban algún día.

—Quizá él no resulte comprometido en este sentido, sino otra persona, cuya identidad no alcanzo a imaginarme siquiera —apuntó Barnaw.

—¿Un cómplice de Tuddock?

—Muy probablemente, Kena.

—Tampoco a mí se me ocurre ningún nombre —confesó la muchacha.

La camarera sirvió la sopa y olía deliciosamente.

—Ya encontraremos ese nombre —sonrió él—. Ahora te voy a dar un consejo, opuesto al que dan cuando estás en un avión de pasajeros.

—¿Cuál es el consejo, Bick? —preguntó Kena.

—¡Aflójate el cinturón!

Ella se echó a reír. Era una risa franca, cristalina. Barnaw le dirigió una mirada oblicua.

—Tu padre ya tiene yerno —dijo.

—¿De veras? —sonrió ella.

—Está delante de ti, encanto.

—Lo dices muy seguro...

—Nunca afirmo nada de lo que no esté totalmente seguro —contestó Barnaw con firme acento.

Ella hizo un intento por desviar la conversación.

—¿Nos servirán hoy filete de muslo de misionero, Bick?

Barnaw soltó una leve risita.

—Higadillos de gato alimentado con ratas de barco —dijo.

—Estará riquísimo —contestó Kena, seria en apariencia, pero con los ojos chispeantes de buen humor.

Cuando salían del restaurante, se llevaron una sorpresa.

Grubber estaba en el coche, aguardando pacientemente. Barnaw levantó las cejas.

—¿Qué sucede, Hank?

—Tengo noticias —respondió el contraamaestre—. Pero no sé si será prudente darlas después de una buena comida...

—Tenemos los estómagos forrados de metal —dijo Barnaw—. En todo caso, ella se taparía las orejas.

—¡Ni lo sueñes! —protestó Kena vivamente—. Hank, suéltelo.

—Malamud ha sido encontrado en el fondo de la bahía, con un lastre atado a los pies.

Hubo un momento de silencio. Luego, Barnaw empujó a la muchacha hacia el automóvil.

—Entra, Kena.

Ella obedeció sin pronunciar una palabra. Cuando Grubber vio al joven tras el volante, dijo:

—Tenga cuidado. Hay dos tipos que vigilan el restaurante desde hace un buen rato.

—Matones de Tuddock, supongo —contestó el joven.

—Claro, ¿qué otra cosa podía ser? Pero no se preocupe por ellos; todo está previsto. Capitán, arranque, recorra veinte metros y deténgase. Verá algo muy interesante.

El joven hizo lo que le decían. Un coche se puso en movimiento inmediatamente, desde unos treinta pasos de distancia.

A El coche apenas si pudo rodar un par de metros. Inexplicablemente, empezó a elevarse a las alturas. Barnaw asomó medio cuerpo fuera de la ventanilla y pudo ver la grúa de un edificio en construcción que izaba al automóvil en que se hallaban los sicarios de Tuddock.

El coche subió hasta unos veinticinco metros de altura y se detuvo a aquella distancia del suelo. Un hombre había manejado el control remoto de la grúa y, después de pararla, lo dejó en el suelo y echó a correr.

—Puede seguir, capitán —dijo Grubber apaciblemente—. Esos moscones ya no nos molestarán hoy con sus zumbidos.

Kena se sentía maravillada.

—Hank, ¿cómo lo han conseguido? —preguntó.

—El capitán tiene más amigos de lo que se imagina..., y todos

enemigos de Tuddock, naturalmente. Yo me puse de acuerdo con algunos de los muchachos y aprovechamos el rato de descanso de los operarios que trabajan en ese edificio en construcción. Bueno, había unas maromas en el suelo, el gancho colgaba sobre el coche, una acción rápida, arriba el gancho y todo lo demás...

Grubber soltó una risa maliciosa.

—Tardarán en bajarlos —añadió—. Un mensajero llegó a la obra cuando se disponían a almorzar y dijo que la compañía constructora había quebrado y que no iban a cobrar sus salarios... ¡Había que ver la estampida de tíos corriendo a las oficinas de la empresa! —terminó con una atronadora carcajada.

—Hank, es usted inapreciable —dijo la muchacha—. ¿Por qué hace todo eso?

—Mi hermano estaba en el *Pacific Star* y el naufragio fue cosa de Tuddock, señorita —contestó Grubber torvamente—. Nada me alegraría más que ver a ese canalla entre rejas por el resto de sus días.

—Lo verá, Hank, lo verá, y eso sucederá después de las elecciones del sindicato —aseguró Barnaw—. Ahora, cuente. ¿Quién sumergió a Malamud?

—Por ahí se rumorea que fue Roy Phillips, el hermano de Bill. Parece ser que el propio Roy ha dejado filtrar rumores al respecto... Lo vio colgando de la pluma y no se resistió a la tentación.

—Compadezco a Malamud. Debió de padecer una agonía espantosa —dijo Kena.

—Sufrió lo mismo que había hecho sufrir a otros que, además, eran inocentes —respondió Grubber—. Capitán ya he localizado a Kertig.

—¿De veras?

—Sí, señor. Sé dónde encontrarlo...

—Ya me lo dirá en otro momento, Hank.

—Muy bien, capitán, como guste.

—Con mi protesta más firme —dijo Kena.

—Lo siento, preciosa. Esta vez, mal que te pese, no permitiré que nos acompañes.

—No se lo permita, capitán —dijo Grubber—. Lo de Malamud salió bien, pero ahora Kertig estará prevenido. Además, le gusta usar la escopeta de cañones aserrados.

—¿Has oído, Kena? —dijo Barnaw.

—Sí —contestó ella de mala gana—. Hank, ¿cuándo piensa ir a ver a Kertig?

—¡No se lo diga, contraamaestre! —exclamó el joven rápidamente.

—Descuide, capitán. —Grubber sonrió—. Lo siento, señorita.

—Kena, esto no es un juego para pasar el rato —dijo Barnaw severamente—. Estamos metidos en un asunto, en el que actúan tipos para los cuales la vida ajena carece de valor. Trata de entenderlo, por favor.

—Sí, Bick, lo que tú digas —suspiró ella resignadamente.

* * *

El hombre surgió de las sombras y se acercó a la pareja.

—Sigue en su casa —dijo a media voz.

—Está bien, Mack, puedes marcharte. Gracias —contestó Grubber.

Mack Horgan hizo un gesto con la mano.

—Suerte a los dos. Capitán, me alegro de haberle ayudado.

—Gracias, Mack. No lo olvidaré nunca —dijo el joven.

Acto seguido, levantó la cabeza hacia una de las ventanas iluminadas del edificio, situada a la altura del tercer piso.

—La cosa no va a resultar fácil, señor —opinó Grubber.

—Podemos hacerle caer en una trampa, Hank.

—¿Cómo, capitán?

—Suba usted, llame fuerte a la puerta y diga «policía». Kertig no tratará de defenderse; sabe que sería peor. Pero sí querrá huir.

—Y utilizará la escalera de incendios.

—Exacto.

—¿Dónde lo llevaremos después, capitán?

—¿Qué le parece el almacén de pertrechos de la Kreiss Line?

—Magnífico. Bien, vaya a su puesto; yo espantaré la presa, para que caiga en sus brazos.

Barnaw dio una palmada en el hombro al contraamaestre y fue al callejón al que daba la escalera de incendios, situándose en un lugar completamente a oscuras. Cinco minutos después, oyó pasos precipitados sobre su cabeza.

Un hombre descendió, con el último tramo de escaleras, y puso el pie en el suelo. Inmediatamente, Barnaw lo hizo girar en redondo y le arreó un tremendo derechazo en la mandíbula.

Kertig cayó fulminado. Barnaw se inclinó sobre él y le quitó un revólver de cañón corto y una escopeta que prácticamente no tenía culata y sólo unos doce centímetros de cañones, metida en el cinturón.

—Especie de canalla —barbotó el joven, furioso.

Grubber apareció a los pocos instantes.

—¿Capitán?

—El pez está en la red, Hank.

—Satisfactorio —rió el contramaestre—. Vamos allá, señor.

Kertig despertó una media hora más tarde. Alguien le arrojó un cubo de agua a la cara. Cuando se despabiló por completo, vio que tenía las manos atadas a una cuerda que pendía del techo y los pies apoyados en un cajón de unos cuarenta centímetros de alto. Las rodillas, sin embargo, le quedaban flexionadas, debido a que la cuerda no le mantenía su cuerpo totalmente estirado.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Kertig de mal talante—. ¿Por qué me han secuestrado?

Barnaw se situó delante del asesino. Kertig sólo vio al joven. Por indicación de Barnaw, Grubber y el vigilante del almacén quedaban fuera de la vista del matón.

—Alvah, mire bien delante de usted —dijo el joven—. Fíjese en lo que tiene a un par de metros de su cara y sabrá lo que le puede suceder si no habla.

Kertig miró en aquella dirección y vio su propia escopeta, sujeta a un soporte situado a cosa de ciento setenta centímetros del suelo. Una cuerda pasaba por los gatillos, daba la vuelta al soporte y luego iba a parar a algo que no podía ver y que, indudablemente, estaba situado bajo sus pies.

—Voy a retirar el cajón —anunció Barnaw—. Mantenga las piernas encogidas, si no quiere que se dispare la escopeta, Kertig.

CAPÍTULO X

Kertig bajó la mirada al sentir que le fallaba el soporte de los pies y se puso a sudar al ver el artilugio que Barnaw había preparado con una tabla, un grueso taco de madera y la cuerda.

Si bajaba los pies, haría presión sobre la tabla, situada a modo de un pequeño columpio sobre el taco de madera. La cuerda se pondría en tensión y tiraría de los gatillos. Aunque desviase la cabeza, no podría evitar la mayor parte de los impactos de las postas con que estaba cargada la escopeta.

Movió las manos, unidas por las muñecas, y pudo asir la cuerda con los dedos. El sudor corrió a chorros por sus mejillas.

—Capitán, no voy a poder sostenerme mucho tiempo —gimió.

—Aguantarás el suficiente para contestar a mis preguntas —dijo el joven implacablemente—. Y si no aguantas, tanto peor para ti...

—¿Qué es lo que quiere saber, capitán?

—¿Mataste a Beach?

—Sí.

—¿Quién te lo ordenó?

—Tuddock.

—Luego te llevaste un libro de la oficina y dejaste otro en su lugar.

—Sí, es verdad.

—¿Dónde está ese libro, Alvah?

—No lo sé.

—¿Cómo? ¿Pretendes que me crea esa fábula?

Barnaw retrocedió unos pasos y agarró un saqueto lleno de algo pesado.

—Contéstame, si no quieres que haga disparar la escopeta —amenazó, a la vez que adoptaba la posición de lanzamiento del

saquete.

—¡No lo sé! —chilló Kertig—. Se lo juro... Yo se lo entregué a alguien a quien no conocía...

—¿Cómo? ¿Lo diste a un desconocido?

—Sí... Me lo dijo Tuddock... Tenía órdenes de dar el libro a una persona que me aguardaría en una dirección determinada, dentro de un coche, a las once en punto de la noche.

—¿Dónde se efectuó la entrega?

—En la esquina de Tempest Road y la calle Cuarta... Llegué allí a las once menos un minuto. A la hora fijada, llegó el coche... Iba conducido por un hombre que llevaba sombrero, gafas de color y tenía subido el cuello del impermeable... Usaba guantes de piel negra... No vi más que su barbilla... Me pidió el libro, se lo entregué y eso fue todo... Lo juro, capitán... Oiga, no puedo aguantar más... Quite esa maldita escopeta...

—Todavía puedes soportar un poco de tensión, Alvah —dijo Barnaw, sin inmutarse—. Procura recordar detalles del hombre, de su coche... ¿Habló algo contigo?

—No... Es decir, sí... Dijo: «¿El libro?» yo le contesté que lo tenía y él me lo pidió con un gesto de la mano. Ya no dijo más; arrancó inmediatamente...

—¿Cómo era el coche? ¿De color claro? ¿Dos plazas? ¿Cuatro? ¿Descapotable?

—Una «limousine» negra, muy larga... De las que se usa habitualmente con chófer...

—¿Y la voz?

—Creo que la disfrazó... ¡No puedo más! —chilló Kertig repentinamente.

Las fuerzas le habían fallado y sus pies golpearon la tabla, que bajó por un extremo y se alzó por el otro. La cuerda se puso en tensión.

Kertig lanzó un alarido y volvió la cabeza. Pero no se oyó ninguna detonación.

Una música muy conocida brotó de un altavoz escondido en alguna parte. Durante unos momentos, no se oyeron otra cosa que los alegres compases de una marcha militar, la que había servido de fondo musical para *El puente sobre el río Kwai*.

Kertig volvió la cara lentamente. En sus ojos apareció un

destello de odio inhumano. Sus mejillas estaban rojas de furia, mientras el coro de soldados acompañaba la música con sus silbidos.

—Me ha engañado, capitán...

—Claro que sí. ¿Acaso me crees un tipo sanguinario como tú? —contestó el joven placenteramente.

—Me lo pagará, juro que me lo pagará... Aunque pasen cien años, no lo olvidaré jamás...

—No vivirás tanto, Alvah Kertig —sonó de pronto una voz.

Barnaw se volvió vivamente hacia la entrada y contempló atónito el nutrido grupo de hombres que había llegado silenciosamente.

—Capitán, apártese —dijo uno de los marineros.

Barnaw se puso delante de Kertig.

—No —repuso—. No toleraré que nadie se tome la justicia por su mano. Si matáis a este hombre, os pondréis a su altura; seréis unos asesinos como él y...

—¿Pretende que lo entreguemos a la policía?

—Así es, Mack.

Horgan meneó la cabeza.

—Perdone, capitán...

—Una pregunta, Mack —le interrumpió el joven—. ¿Hace mucho tiempo que han llegado?

—Bastante, pero no quisimos hacer nada, hasta estar seguros de que Kertig era el asesino del pobre señor Beach.

—Entonces, lo han oído todos.

—¿Por qué? —exclamó Horgan—. Es cierto, capitán; no somos asesinos. Pero usted puede entregarlo a la policía bajo cualquier acusación. Diga que le atacó para robarle y póngale algo de dinero en los bolsillos. Lo tendrán preso unos cuantos días..., suficiente para llegar hasta las elecciones y evitar así que pueda intervenir a favor de Tuddock.

Barnaw sonrió.

—Una brillante idea, Mack —elogió.

* * *

—Estoy buscando a un hombre que conduce una «limousine»

grande, negra, de las que habitualmente son manejadas por un chófer asalariado —dijo Barnaw al día siguiente.

—¿Qué pasa con ese hombre, Bick? —quiso saber la muchacha.

—Tiene el libro que robaron de la oficina de Beach.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo entregó Kertig.

—¿El asesino de Beach?

—Sí. Tuddock se lo ordenó así. Pero Kertig no conoce al hombre del coche negro.

Los dedos de Kena tablearon unos momentos sobre la mesa del restaurante.

—Eso del coche negro me suena... Tengo la impresión de haberlo visto en más de una ocasión...

—Hay muchos en Sun Harbor —dijo él.

—Sí, pero yo lo he visto... ¡Dios mío, no puede ser él! —exclamó Kena repentinamente.

Barnaw se agitó en su silla.

—¿Quién? —preguntó.

Kena tenía los ojos muy abiertos.

—Ahora comprendo por qué lo querías enganchar a un arado... Por esa razón no supo defender nuestro caso ante la compañía de seguros...

—¿Urdo, el abogado?

—El mismo, Bick.

Barnaw consultó su reloj. Inmediatamente, se puso en pie.

—Kena, olvídate de los filetes de tigre alimentado con prisionera blanca —dijo—. Vamos a ver a Urdo inmediatamente.

—Estará almorzando también —opinó la chica.

—Esperaremos su regreso —decretó él con voz firme.

Inmediatamente, echaron a correr hacia el coche y apenas diez minutos más tarde, entraban en el antedespacho del abogado, en el que había una secretaria despachando un bocadillo con aire melancólico.

—Deseamos ver al señor Urdo —dijo el joven.

—Ha salido a almorzar —contestó la empleada.

—Aguardaremos en su despacho. Vamos, Kena.

—Eh, ustedes no pueden...

Barnaw se volvió hacia la secretaria.

—Sí, podemos —contestó—. Por si no la conoce —señaló hacia la muchacha—, ella es Kena Kreiss. Dígaselo así cuando regrese.

—Y usted, ¿quién es?

—El pato Donald. Entra, Kena.

Ella avanzó con paso firme. Barnaw entró a continuación en un lujoso despacho y paseó la mirada por el interior de la estancia.

Un cuadro, situado a la derecha de la mesa, llamó su atención de inmediato. Acercándose a la pared, lo hizo girar y vio una caja fuerte empotrada.

Acarició el brillante metal con las yemas de los dedos.

—El libro está aquí, seguro —murmuró.

—Pero no podemos abrir la caja fuerte sin permiso del dueño —objetó Kena.

—Debiera haberme traído un pico. Haría saltar la tapa con un par de buenos golpes —gruñó el joven.

—Bick, tú no puedes hacer una cosa semejante. No eres un ladrón ni un asesino... y, para nosotros, los Kreiss, ya has recobrado tu reputación. La compañía ha pasado por una mala racha, pero nos recobramos.

—¿Quieres decir que debo abandonar el asunto?

—No, en absoluto. Pero no hagas nada que se salga de la ley.

Barnaw la miró un instante y luego sonrió.

—Está bien, lo haremos de una forma completamente legal —dijo al cabo. De pronto, se oyeron voces en el antedespacho—. Ahí está Urdo —añadió.

La puerta se abrió en aquel preciso instante y un hombre apareció en el umbral y miró con evidente sorpresa a la pareja que le aguardaba.

* * *

—Es una visita inesperada —dijo Urdo, tras algunos segundos de pausa—. Debía haberme avisado, Kena...

—No tuve tiempo de hacerlo, abogado —se disculpó la muchacha—. Señor Urdo, permítame que le presente al capitán Barnaw. Tiene algo que decirle.

—Ah, el capitán del *Pacific Star*... No tenía el gusto de conocerle personalmente, pero me alegro de saludarle. ¿En qué puedo

servirle, capitán?

Barnaw estudió al abogado durante unos segundos. Cincuenta años, aire distinguido, ropas caras y rostro en el que se veía reflejada sin duda alguna la afición a la buena mesa y a los placeres de la existencia.

—Se lo diré ahora mismo, abogado —manifestó el joven, a la vez que señalaba con el pulgar la caja fuerte que ahora quedaba a sus espaldas—. Abra esa lata de sardinas y saque el libro que robaron de la oficina de Fulton Beach.

Urdo palideció instantáneamente.

—No sé de qué me está hablando, capitán —repuso.

—La noche en que mataron a Beach, el asesino fue a encontrarse con alguien que le esperaba en un lugar determinado de la ciudad, a las once en punto de la noche. El asesino entregó un libro amañado a ese hombre. Lo confesó anoche delante de testigos. Fue usted el que recibió ese libro y yo le diré por qué lo hizo.

—Me está calumniando..., Kena, dígame a este joven que deje de decir insensateces...

—Estoy de acuerdo con él, abogado —contestó la muchacha inflexiblemente—. Y si no, ¿por qué se cree que le despidió mi padre?

—Condujo pésimamente el asunto del seguro del *Pacific Star* —agregó Barnaw—. En realidad, la compañía de seguros sí pagó la indemnización, pero se la repartieron entre tres personas: usted, Tuddock y un traidor primer oficial, que manipuló en los instrumentos de a bordo, para que el barco se estrellara contra las rompientes de Punta Chica. Por otra parte, había un libro de caja amañado y ello, cuando se descubriera, permitiría poner el asunto al descubierto. Usted, con la colaboración de un traidor llamado Dillson, y el apoyo de un canalla llamado Tuddock, había estado saqueando los fondos de la Kreiss Line y no podía permitir que se levantase la tapa de una olla repleta de porquería. ¡Vamos, entregue ese libro! —exclamó el joven con voz tonante—. ¡Ahora mismo, Urdo!

El abogado estaba lívido y parecía completamente desmoralizado. Quiso decir algo, pero las palabras no salían de su boca.

—Kena, llama a la policía —ordenó Barnaw, en vista del silencio

del abogado—. Denunciaremos el caso y un juez firmará una orden para que se registre esa caja.

—Sí, ahora mismo...

—¡No, no, esperen! —gritó Urdo—. Les daré el libro... con una condición...

—¿Cuál? —preguntó Kena.

—No le digan nada a Tuddock... Me mataría...

Barnaw frunció el ceño. Urdo estaba aterrado.

—¿Por qué guardó usted el libro, en lugar de destruirlo? —quiso saber.

Urdo bajó la cabeza.

—Yo..., yo no sabía que iban a asesinar a Beach... Me enteré al día siguiente... Tuddock dijo que iba a enviar a un hombre muy hábil, que abriría la caja fuerte de la oficina y haría el cambio de libros... Oh, Dios mío —gimió el abogado—, nunca debí haberme mezclado con ese asesino...

—Le gustan los buenos trajes, la buena mesa, los vinos caros... y tiene una fulana que le cuesta un ojo de la cara —dijo Barnaw implacablemente—. Todo eso consume una cantidad de dinero, que no podía obtener por medios legales. Pero aún no nos ha dicho por qué rió destruyó el libro después de tenerlo en su poder.

—Hay anotaciones muy comprometedoras...

—¿Para quién?

—Tuddock, Harry Welt...

—Ése es un tipo al que voy a visitar hoy mismo —gruñó el joven—. Vamos, Urdo, saque ese maldito libro de una vez.

El abogado, totalmente hundido, obedeció. Después de entregar el libro a la muchacha, se sentó en el sillón y escondió la cara entre las manos.

—Esto será mi ruina —lloró.

—Usted sigue vivo. Beach no puede decir lo mismo —contestó Barnaw—. Vamos, Kena; siento unas náuseas horribles...

Salieron del despacho. En la calle, cambiaron una mirada.

—Parece que haces muchos progresos —sonrió ella.

—La culpa es tuya, por no haberte retrasado diez minutos el día en que viniste a verme por primera vez —acusó Barnaw.

—¿Qué habría pasado entonces, Bick?

—Estaría detrás de un arado, en la granja de mis tíos.

La mano de Kena oprimió fuertemente el brazo del joven.

—Tú no tienes vocación de agricultor —dijo—. Tu vida está en el mar, en el puente de un barco, gritando a los marineros, luchando con los elementos, conduciendo el buque a través de la tempestad...

—Ésa es una imagen demasiado romántica y, por lo tanto, inexacta. Me gusta mi profesión, pero ¿qué haré si me caso?

—Tu mujer hará unos cuantos viajes contigo. Luego vendrá el primer hijo y, apostaré doble contra sencillo, a que acabas como director de tráfico de la Kreiss Line.

—Gordo y calvo, ¿verdad?

—Y sin chicas en la oficina, para que no las persigas como un sátiro a las ninfas del bosque —rió ella—. Bueno, ¿qué hacemos ahora?

Alguien lanzó un chillido en las inmediaciones. Por encima de sus cabezas se oyó un terrible alarido.

Un bulto oscuro bajó de las alturas a gran velocidad y se estrelló contra el suelo, produciendo un horrible sonido de carne aplastada y huesos rotos. No lejos de donde se hallaba la pareja, una mujer emitió un débil grito y se desmayó.

Barnaw volvió el rostro. El cuerpo de Urdo aparecía sobre el asfalto, manchado en parte de rojo. El estado de su cráneo le revolvió el estómago.

Kena ocultó su rostro en el pecho del joven.

—Bick, ¿suicidio? —murmuró.

—Quizá —dijo él.

CAPÍTULO XI

—No fue suicidio —dijo Barnaw aquella misma noche, mientras cenaba en el restaurante de costumbre.

—¿Asesinato?

—Sí, pero no se puede probar.

—A ver, cuenta —rogó Kena.

—Después de que salimos del despacho de Urdo, entró un visitante. Se llama Rade Sharron y dijo a la secretaria que iba a consultar a Urdo sobre un pleito que tenía que poner a una compañía naviera. Ella lo hizo pasar al despacho y, apenas un minuto después, Sharron salió gritando que Urdo se había tirado a la calle. Eran nueve pisos, encanto.

—El nombre de Rade me suena —dijo ella.

—Es uno de los sicarios de Tuddock. La cosa está clara; nos seguían y vieron que entrábamos en el edificio donde Urdo tenía su bufete. No puedo demostrarlo concluyentemente, pero creo que las cosas, muy aproximadamente, ocurrieron de la siguiente manera: Sharron nos ve entrar, sospecha algo perjudicial y se pone en contacto con Tuddock, mediante el teléfono. Tuddock se imagina lo peor y ordena a su esbirro que elimine a Urdo. Y Rade, claro, cumple la orden.

—Actuó con mucha rapidez —opinó Kena.

—Es muy posible que aguardara, escondido, en algún recodo del corredor, ya que la secretaria ha declarado que Sharron entró apenas hubimos salido del despacho. Por otra parte, esa mujer ha declarado también que Urdo, en los últimos tiempos, parecía muy preocupado y daba la sensación de tener graves problemas, cuya naturaleza, sin embargo, desconoce. Por tanto, la tesis del suicidio resulta enteramente aceptable para la policía.

—Pero Sharron estaba con Urdo...

—No hay testigos de lo que pasó en el despacho. Sharron salió gritando que Urdo se había tirado por la ventana y... ¿quién puede demostrar lo contrario?

Kena apartó el plato a un lado.

—He perdido el apetito por completo —declaró, muy disgustada.

Barnaw sonrió.

—No has almorzado y tampoco vas a cenar. No me gustan las mujeres flacas, encanto —dijo.

—¿Te gustan las gordas?

—Bueno, hay un término medio muy agradable... Vamos, Kena, dale a la carne de tu plato. Es chuleta de lactante.

Ella hizo un gesto de horror.

—Un niño de pecho —exclamó.

—No, mujer, cordero, simplemente.

Barnaw lanzó una estruendosa carcajada. Ella acabó por acompañarle en sus risas.

—La verdad es que te inventas unos menús horripilantes —dijo.

—Todo es cuestión de acostumbrar el estómago —contestó él—. Vamos, llena el buche; luego tenemos que hacer una visita y te necesito como testigo.

—¿A quién vamos a ver, Bick?

—A un traidor al que me gustaría hacer lo que se hacía en los tiempos de la navegación a vela, esto es, colgarle del peñol de la verga mayor.

—Era una justicia muy expeditiva, Bick.

—Pero resultaba, Kena.

—No lo dudo. ¿Debo deducir que el hombre al que vamos a visitar es Harry Welt?

—Acabas de dar en la diana —respondió Barnaw.

—Bien, pero, en el fondo de todo esto, hay un hombre llamado Hiffo Tuddock. ¿Tendremos que resignarnos a que salga con las manos limpias, después de que, presumiblemente, es el organizador de esta serie de crímenes que no tienen nombre?

—No, en absoluto —contestó Barnaw, muy serio—. Pero mañana es el día de las elecciones y, espero, podré desenmascarar a ese miserable y hacer que desee no haberme visto en los días de su

vida.

—¿Cómo lo harás, Bick?

Barnaw le guiñó un ojo.

—Ah, ése es mi secreto —contestó maliciosamente.

* * *

El coche se detuvo frente a la casa en la que se veían las ventanas brillantemente iluminadas. Un hombre surgió de la oscuridad y se acercó a la pareja.

—Está ahí, con una chica —informó Grubber.

—Muy bien, Hank —contestó Barnaw—. Es posible que trate de largarse por la puerta trasera.

—Yo le cortaré esa vía de escape —dijo el contramaestre.

Barnaw y Kena se aparearon. Grubber volvió a perderse en las tinieblas que rodeaban la casa.

—Bick, ¿cómo has conseguido la fidelidad de ese hombre? —preguntó ella, admirada.

—Es honesto —contestó él simplemente.

—Ya... A pesar de todo, ha corrido riesgos por ti...

—Su hermano murió en el *Pacific Star*. Sin embargo, Hank sabe que la culpa no fue mía. Por otra parte, hace algunos años, le salvé la vida.

—Eso no me lo habías dicho aún. ¿Qué pasó, Bick?

—Recibió un golpe durante un temporal y cayó al agua sin sentido. Yo me lancé a salvarlo. Estuvimos a punto de ahogarnos los dos.

—Eres un tipo encantador —elogió Kena—. Cada día te... Bueno, ¿no te lo imaginas?

Barnaw apretó el brazo de la muchacha.

—Kena, vamos; ya llegará el tiempo de las ternezas —dijo.

Avanzaron hacia la casa. Barnaw llamó a la puerta instantes después.

Welt se hizo visible a los pocos momentos. Reconoció al joven y torció el gesto.

—Lo siento, capitán; tengo visita —dijo de mal talante.

Por encima de los hombros del sujeto, Barnaw vio a una rubia de cuerpo opulento, con las faldas bastante más arriba de las

rodillas y bajados los tirantes del vestido. Sonrió mientras hacía una pregunta venenosa:

—¿Le cuestan muy caras las amabilidades de esa prójima, Harry?

—Eso no es cuenta suya, capitán. Lárguese...

Barnaw disparó el puño izquierdo, sin demasiada fuerza. Welt recibió el golpe en el estómago y se quedó sin aliento instantáneamente.

Retrocedió, con lágrimas en los ojos. Barnaw avanzó unos pasos y se encaminó con la rubia, que parecía muy asustada.

—Recoja sus cosas y lárguese —ordenó.

La mujer se puso en pie y se arregló el vestido.

—Sí, capitán... Ahora mismo...

Welt seguía sin reaccionar. Barnaw le registró y encontró un impresionante rollo de billetes. Separó cinco de cien y los puso en manos de la rubia.

—Sus honorarios —sonrió.

Ella agitó los billetes.

—Venga a interrumpirme siempre que guste, capitán —dijo.

Taconeó hacia la puerta, pasó por delante de Kena y se perdió en la oscuridad. Entonces, Barnaw cerró la puerta y se acercó al que había sido su primer oficial.

—Vamos, Harry, siéntese en el diván. Tenemos que hablar.

—No tenemos nada que discutir, capitán; ya está todo dicho —respondió Welt desabridamente.

Implacable, Barnaw puso una mano en el pecho del sujeto y lo tiró de espaldas al sofá.

—Se equivoca, Harry. Tenemos que hablar, aunque no será muy largo. En realidad, casi no necesitamos cambiar una palabra.

Metió una mano en el bolsillo, sacó un papel y lo arrojó al rostro de Welt quien no acertaba a reaccionar por completo.

—Léalo y firme —agregó—. Después, tome el coche, salga de Sun Harbor y no pare hasta llegar a Nueva York.

Welt obedeció. Apenas hubo leído el documento, lanzó un grito de rabia y lo rompió en cuatro pedazos.

—¡No, no firmaré! —aulló—. Sería tanto como ponerme la soga al cuello...

—Sí, firmará —dijo Barnaw, sin perder la calma—. Y no me

tome por tonto; sabía que rompería la confesión antes de firmarla y traje un duplicado. Pero le voy a decir una cosa, Harry. Si firma, le daré la oportunidad de marcharse inmediatamente de la ciudad, con el pellejo intacto. De lo contrario, llamaré a Tuddock y le diré que ha firmado esa confesión. Imagínese lo que hará el jefe del sindicato... ¿No recuerda ya los «suicidios» de Shallcott y de Urdo?

Welt palideció espantosamente.

—¿Se... sería capaz de hacerlo, capitán?

—Le dejaré atado de pies y manos y llamaré a Tuddock desde esta misma casa. No llegará vivo al amanecer, puedo asegurárselo.

El sujeto se pasó una mano por la frente.

—Debía de estar loco... Ese maldito Tuddock me cegó...

—Sí, claro, con un millón de dólares que el seguro pagó por el barco y del que le ha tocado un buen pico. —Barnaw movió la mano en semicírculo—. Una casa lujosa, un automóvil caro, mujeres hermosas... No, Harry, no me venga ahora con el cuento de que se dejó tentar. Usted tenía ya muchas deudas y no sabía cómo salir a la superficie. Por tanto, propuso a Tuddock hundir el barco, pero no podía hacerlo sin tener la seguridad de que cobraría una buena tajada del seguro. Y eso sólo podía hacerlo Tuddock con sus relaciones en determinadas oficinas: la de Shallcott, el bufete de Urdo...

Welt tragó saliva un par de veces.

—Capitán, ¿me promete que me dejará marchar inmediatamente si firmo ese papel?

—Soy hombre de palabra, cosa que no se puede decir de usted, Harry —contestó el joven—. Pero no vuelva más por Sun Harbor o entregaré su confesión a la policía.

El hombre miró a Kena.

—Ella... ¿es testigo?

—Tengo otro más, pero no le diré dónde está, aunque sí nos oye.

—De acuerdo, capitán, firmaré —dijo Welt, completamente derrotado.

Barnaw le entregó el documento. Welt firmó y lo de volvió. Barnaw chasqueó los dedos.

—Váyase —ordenó.

—Tengo que hacer el equipaje...

—¡Váyase con lo puesto! —rugió Barnaw—. Cuatro hombres

murieron por su culpa, Harry. No me haga acordarme más de esas muertes o le pegaré un par de tiros ahora mismo.

Welt se asustó. Estaba en mangas de camisa y agarró la chaqueta, para salir de estampida a través de la puerta. Instantes después, se oyó el rugido del motor de un coche que arrancaba a toda velocidad.

—Así que lo hizo él —dijo Kena, después de un rato de silencio.

—Sí. Averió el radar y puso un trozo de hierro junto al compás. Además, estaba de guardia en el puente y falseó las indicaciones de rumbo y velocidad...

—Pero corrió el riesgo de perder la vida.

—Seguramente, no esperaba que el estado del tiempo empeorase tanto aquella noche. Fue un súbito cambio ambiental, de los que ni los mejores meteorólogos son capaces de predecir. Pero tuvo suerte...

—Y cobró su parte de la indemnización del seguro que no nos pagaron a nosotros.

—Exactamente.

Barnaw fue hacia la trasera de la casa y abrió la puerta posterior.

—Ya puede entrar, Hank —dijo—. El pájaro ha levantado el vuelo.

—Cantaría antes, supongo.

—Una canción muy breve, pero escrita con tinta —sonrió el joven.

—A Tuddock no le gustaría saberlo, capitán.

—Ese documento es un cartucho de reserva —dijo Barnaw—. Sólo lo utilizaré si es absolutamente necesario. Mañana son las elecciones y antes de medio día, Tuddock será un hombre acabado.

—Será preciso tener mucho cuidado, capitán. Tuddock puede dar todavía algún coletazo muy peligroso.

—Lo tendré presente, Hank.

—Abra bien los ojos porque, olvidé decírselo antes, Kertig ha salido esta misma tarde en libertad. Un juez aceptó la petición de una fianza y el tipo está en la calle. Querrá desquitarse del susto que le hizo pasar en el almacén de pertrechos.

Barnaw torció el gesto. Oyó a Kena que se acercaba y se volvió hacia la muchacha.

—Kertig está en la calle —dijo.

—No podré pegar ojo esta noche —respondió la muchacha, muy seria.

—A partir de mañana, podrás dormir a pierna suelta todas las noches —aseguró el joven rotundamente.

CAPÍTULO XII

Había una gran animación en el lugar donde se iban a celebrar las elecciones. Vestido discretamente, con lentes de color, Barnaw estudió el ambiente, procurando pasar desapercibido.

El rival de Tuddock, Lorrell, hablaba con unos y otros, estrechando manos sin cesar, dando palmaditas en los hombros y repitiendo casi de continuo las consignas de su campaña. Para Barnaw no había la menor duda de que Lorrell ganaría de largo las elecciones, pero sospechaba alguna trampa.

Tuddock había hecho trampa en las elecciones anteriores. Siempre, aunque las apariencias estaban en su contra, había conseguido más votos que el adversario. Se preguntó cuál era el posible truco.

«Si hay mil votantes —pensó—, y setecientos votan por Lorrell, ¿cómo es posible que luego salgan setecientos votos a favor de Tuddock y sólo trescientos favorables al otro?».

En alguna parte estaba el truco, se dijo, mientras avanzaba lentamente hacia el estrado en donde se iba a situar la urna.

Un hombre llegó de pronto con una gran caja de madera en las manos, provista de una ranura en la parte superior. Levantó la tapa, enseñó el vacío interior de la urna y luego la cerró y selló con unas tiras de papel engomado.

Barnaw se acercó a la caja y la examinó con todo detenimiento. De repente, creyó que se quedaba sin respiración.

«Pero ¡qué ingenioso!», pensó.

Sí, Tuddock era muy astuto, convino. Nadie descubriría la trampa, sobre todo, teniendo en cuenta que la urna había salido de su despacho, en donde había permanecido hasta el momento de la votación.

En realidad, podía decir que la trampa ya estaba hecha. Cuando se hiciese el escrutinio de los votos, Tuddock resultaría vencedor una vez más.

De pronto, lo vio.

Tuddock llegaba, repartiendo sonrisas a derecha e izquierda y estrechando algunas manos. Continuamente decía que los rumores que corrían sobre él eran calumnias lanzadas por su adversario.

—Demostraré que son unas elecciones limpias, sin trampa, y que soy el único que protege verdaderamente vuestros intereses, muchachos —clamó.

Sonaron algunos aplausos. Pero los silbidos y abucheos resultaron más numerosos.

Tuddock hizo una mueca de furia, ocultada muy pronto bajo una sonrisa de deportividad. A los pocos momentos, metió la mano en el bolsillo y sacó lo que parecía un librito de papel de fumar.

Arrancó una hoja con dos dedos, guardó el librito de nuevo y, con el papel que se había quedado, empezó a limpiarse los cristales de nuevo.

—Fue él —musitó, sin poder contenerse—. Tonto de mí, que no supe adivinar lo que era una pista infalible...

Alguien voceó el comienzo de la votación. Barnaw guardó el detalle en la memoria y esperó a que le llegase el turno.

Los votantes subían al estrado, pasaban por delante de la mesa y depositaban su papeleta en la ranura de la urna. Frente a la misma, había un sujeto que parecía controlar la votación.

La mano derecha del tipo estaba casi continuamente apoyada en un costado de la caja de madera. Barnaw le observaba continuamente.

Tuddock estaba a un lado, acompañado de sus secuaces, entre los que figuraba Kertig. El asesino, apreció Barnaw, tenía la chaqueta abrochada, pero se advertía un notable bulto en el centro.

«Otra escopeta recortada», adivinó.

Cuando le llegó su turno, puso la papeleta en la urna. Luego pasó por delante de Tuddock.

—Habrás votado por Lorrell, capitán —dijo el sujeto, sonriendo con falsa cortesía.

—Acertó, Hiffo —contestó Barnaw—. He votado por su derrota y por algo más todavía. ¿No se lo imagina?

Kertig hizo un gesto amenazador, pero Tuddock lo contuvo con un gesto de su mano.

—Quieto, Alvah —dijo—. Éste es un país libre. Todo el mundo tiene derecho a expresar su opinión.

—Imagínese cuál es la mía, Hiffo —se alejó el joven.

La votación se desarrollaba con relativa rapidez. En poco más de dos horas, quedó finalizado el acto. Lorrell pidió, y se le concedió, un plazo de sesenta minutos más, para permitir votar a algún rezagado. La gente aguardaba con curiosidad.

Había comentarios para todos dos gustos. La impresión general, sin embargo, era que Tuddock había resultado derrotado.

El plazo se acabó y el que presidía la votación anunció que iba a abrir la urna, para contar los votos.

—Puede acercarse, señor Lorrell —invitó—. Como candidato, tiene pleno derecho a presenciar el escrutinio.

Entonces, Barnaw saltó al estrado y puso una mano sobre la urna.

—¡Se ha hecho trampa! —gritó.

* * *

La voz de Barnaw había llegado a todos los rincones del amplio cobertizo y el silencio se hizo instantáneamente. El presidente de la masa de votación lanzó un juramento.

—Este hombre ha perdido el juicio. No le hagan caso, muchachos.

Barnaw le apartó sin miramientos.

—Cuando digo que se ha hecho trampa, es la pura verdad y lo voy a demostrar inmediatamente —exclamó.

Los precintos habían sido rotos y levantó la tapa de la caja, bastante pesada. Volcó ésta y cayeron las papeletas sobre la mesa.

—Fíjense bien todos —dijo—. Aparentemente, éstas son las papeletas que han depositado en la urna. Pero no es cierto.

Dio dos pasos en sentido lateral, sosteniendo la urna boca abajo, y tocó un resorte situado junto a la base.

Una tapa que cubría un falso fondo se despegó inmediatamente y una nube de papeletas cayó sobre la mesa. Sonaron algunos gritos de furor.

—Esperen, chicos —sonrió Barnaw—. Todavía no he acabado.

Miró de reojo a Tuddock. El sujeto aparecía intensamente pálido, aunque sus mejillas estaban coloreadas por la furia que sentía. Barnaw colocó la urna con el frente apoyado sobre la mesa y la abertura hacia el gentío.

—Esta urna tiene un falso fondo, en el que ya estaban guardadas las papeletas favorables a Tuddock, como todos ustedes han podido apreciar —continuó—. Pero la cosa no acaba ahí.

»Si se añadieran las papeletas falsas, resultaría un número de votos considerablemente mayor que el de votantes. Por tanto, era preciso hacer desaparecer cierto número de papeletas, naturalmente, favorables a Lorrell. ¿Cómo conseguirlo?

»Véanlo, muchachos. El hombre que dirigía la votación, manipulaba también en la urna. Ésta tiene un doble costado interior, que gira sobre unas chamelas, y permite dirigir las papeletas al fondo de la caja o bien hacia ese mismo costado, apartando así las de quienes, presumiblemente, estaban en contra de Tuddock. De este modo, el número de votantes resultaba correcto y nadie advertía que la elección se había ganado mediante una sucia artimaña.

Apretó otro resorte y la cubierta lateral giró hacia abajo, dejando escapar un buen montón de papeletas.

—Y ahora, amigos —dijo el joven, en medio de un profundo silencio—, vamos a contar verdaderamente las papeletas de votación y sabremos quién va a ser nuestro nuevo jefe del sindicato a partir de este momento.

—¡Lorrell, Lorrell, Lorrell! —gritaron numerosas voces.

De repente, Barnaw advirtió un movimiento en Kertig.

El pistolero forcejeaba con su chaqueta. Barnaw estaba desarmado. Si Kertig sacaba su escopeta, podía considerarse perdido. El asesino ya la estaba empuñando.

Sólo podía hacer una cosa. La caja, relativamente pesada, voló por los aires con tremenda fuerza. Alcanzó de lleno el dorso de la mano de Kertig y, en el mismo instante, se produjo una espantosa detonación.

Kertig lanzó un horroroso aullido, saltó hacia atrás y cayó al suelo, debatiéndose con tremendas convulsiones. Salía humo y sangre de sus ropas y su rostro había perdido el color casi

instantáneamente.

La gente se apartó, asustada. Tuddock se puso lívido.

Barnaw le apuntó con el índice.

—Sus días de crimen y extorsión han terminado, Hiffo —dijo con voz tonante—. Ya han concluido sus crímenes, no habrá más asesinatos ni falsos suicidios... Le procesarán, juzgarán y enviarán a la cárcel por el resto de sus días...

Tuddock intentó reaccionar.

—No..., no encontrarán pruebas...

—¡Usted asesinó a Shallcott y simuló un suicidio! —tronó el joven—. Pero dejó un rastro que no puede ocultar. Estaba conversando con él, se limpió los lentes con ese papel especial que lleva siempre consigo y dejó una hojita arrugada sobre la mesa, sin que llegase a caer a la papelería. Eso lo hizo antes de mi entrevista con Shallcott y, escondido, escuchó todo lo que hablábamos y, cuando yo me marché, pudo darse cuenta de que Shallcott se había derrumbado, confesando la estafa que habían hecho a la Kreiss Line, para no abonar la indemnización por la pérdida de mi barco. Entonces salió de su escondite, pegó un tiro a Shallcott y escapó por la escalera de incendios.

Sonaron algunos murmullos de cólera. Barnaw apreció que Tuddock se pasaba una mano por el cuello.

—Pero, además, tengo también una confesión de Welt, firmada ante testigos —agregó—. No, no saldrá de ésta, Hiffo; usted está acabado y sólo le queda pasar el resto de sus días en el patio de un penal.

Se oyeron algunos gritos de furia. De repente, alguien lanzó un trozo de madera contra Tuddock.

El sujeto se tambaleó, a la vez que lanzaba un aullido de pánico. Protegido por sus secuaces, intentó escapar, pero decenas de hombres enfurecidos le cerraron el paso.

—Me rindo, me rindo... —lloriqueó Tuddock.

Un hombre se abrió paso entre el gentío y le puso las manos al cuello.

—Debiera estrangularle por la muerte de mi hermano —dijo Grubber—. Pero acabaña muy pronto y prefiero disfrutar largos años, sabiéndole encerrado para siempre.

Sonaron gritos de aprobación. De repente, se produjo un tumulto

espantoso.

Barnaw saltó del estrado para proteger a Tuddock. Los marineros, enfurecidos, arremetían contra los esbirros del sujeto, golpeándoles sañudamente con los puños, los pies, con toda suerte de objetos contundentes... La algarabía era espantosa.

En la puerta sonaron de repente un par de tiros.

—¡Calma, muchachos! —dijo un hombre de uniforme azul—. Dejen que la ley se encargue de estos rufianes.

—¡Y el enterrador, de Kertig! —gritó Grubber.

Barnaw volvió la vista hacia el pistolero. Kertig ya no se movía. Estaba tendido de espaldas, sobre un enorme charco de sangre, todavía con la mano sobre el arma que, involuntariamente, había utilizado contra sí mismo.

Barnaw comprendió lo ocurrido. La urna, al golpearle la mano, había provocado la contracción del índice sobre los gatillos. Los dos cañones se habían disparado adentro y hacia abajo, destrozándole el bajo vientre y la parte superior del muslo izquierdo. La salvación, en tales circunstancias, resultaba imposible.

Sonaron unos gritos de alegría. Los marineros aclamaron a Lorrell.

Barnaw se alejó discretamente. Los policías se llevaban ya Tuddock y sus secuaces. Era suficiente, pensó.

—Bueno, y ahora, ¿qué tienes que pedirnos? —preguntó Kena aquella misma noche.

—¿Pedir algo a los Kreiss?

—Naturalmente. Has solucionado el problema, la compañía de seguros nos pagará la indemnización contratada, arre ajaremos el desfaldo de los fondos de la compañía... Algo te mereces, supongo —sonrió la muchacha.

Barnaw pensó en todo lo que había pasado desde que Kena fuera a visitarle por primera vez. Se preguntó por qué no había empezado a actuar desde un principio.

No valía la pena pensar más en ello. Tuddock y sus secua ces estaban presos. Algunos de ellos, para obtener penas más leves, colaborarían con el fiscal.

La secretaria de Urdo había identificado a Sharron. Sus propios compinches lo habían denunciado como el asesino de Urdo. Haría compañía a Tuddock durante largos años.

—¿No me contestas? —preguntó Kena, extrañada por el silencio del joven.

—Voy a pedirle a tu padre dos cosas —dijo él.

—Te escucho. ¿Cuál es la primera?

—El mando de un barco.

—¡Hombre, yo creí que primero pedirías mi mano! —protestó la muchacha—. Eso no me parece bien...

Barnaw sonrió.

—Es que no pensaba pedirle tu mano —contestó.

—¡Cómo! ¿No te vas a casar conmigo?

—Sí.

—Pues entonces...

—Kena, ¿es que tus padres no lo saben ya?

Ella se ruborizó.

—Sí, desde luego —contestó en voz baja.

—Entonces, pasaremos por alto esas formalidades. Aunque, desde luego, yo se lo diré también... pero ahora, atendamos primero a la cena.

Kena sonrió.

—¿Qué has pedido hoy? ¿Hamburguesas de tigre alimentado con muslos de mujer blanca cautiva de los indígenas?

—No. Sólo vulgares filetes de novillo, alimentado con hierba de los prados. Ya se acabaron los menús exóticos..., aunque luego, de postre, puede que tome algo que hace tiempos estoy deseando.

—¿Qué pedirás, Bick?

—Te lo pediré a ti y dejarás... ¡que te coma a besos!

Kena se levantó, dio la vuelta a la mesa y se sentó a su lado.

—¡Vamos a tomarnos el postre antes que la sopa! —exclamó alegremente.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.